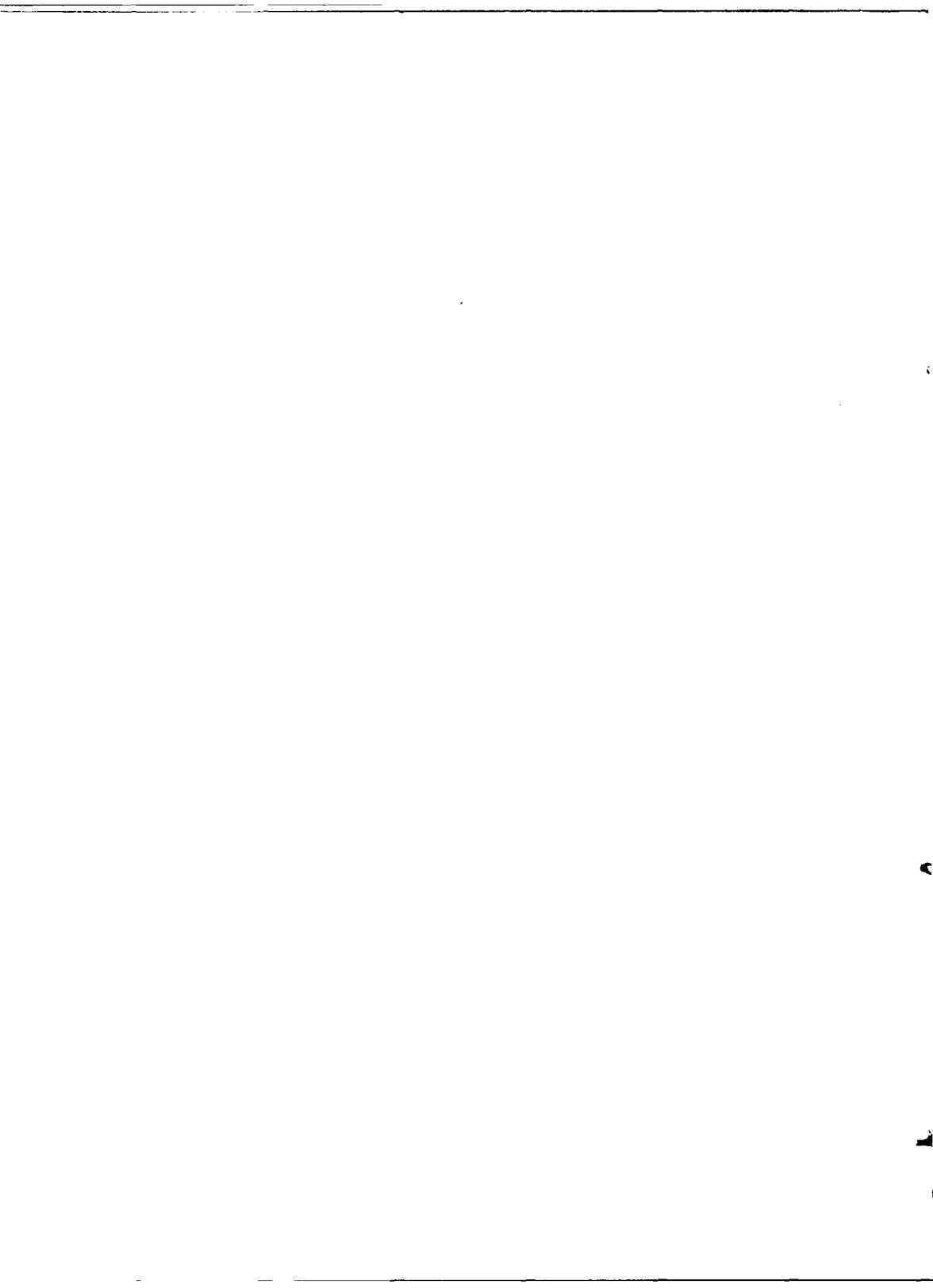


**EL CONQUISTADOR ANDRES DE TAPIA  
Y SU FAMILIA**



Entre las publicaciones de este Archivo General de la Nación se halla señalada con el número XII la siguiente:

*Tres Conquistadores y Pobladores de la Nueva España: Cristóbal Martín Millán de Gamboa, Andrés de Tapia, Jerónimo López.* Versión paleográfica, notas e índice alfabético por Francisco Fernández del Castillo (México, 1927).

Va precedida de una "Introducción", firmada por su entonces Director don Rafael López, quien advierte en una nota que "el material que integra el presente volumen, fue reunido por D. F. Fernández del Castillo".

La documentación relativa a Andrés de Tapia puede hallarse entre las páginas 147 a 220, inclusive. Al final de estas páginas, a partir de la 208, se proporciona un breve estudio del referido conquistador y poblador, que escribió el Sr. Fernández del Castillo.

Reeditamos ahora estos documentos por haberse agotado esa publicación, cuidando más su fidelidad con los originales, y añadiendo más noticias que las que se dieron entonces a conocer.

Andrés de Tapia era paisano y contemporáneo de Hernán Cortés, como lo fue Gonzalo de Sandoval, compañero inseparable del Conquistador del Anáhuac. Nacieron en la misma villa de Medellín, y Cortés y Tapia parece que el mismo año, 1485.<sup>1</sup>

Fernández del Castillo afirma que Andrés de Tapia fue "Señor del Castillo de Tapia a cuatro leguas de León". Asimismo que "fue caballero en Sevilla, del Almirante don Cristóbal Colón y por su recomendación pasó a las Indias". Y agrega que esa "recomendación acaso fue de su hijo don

<sup>1</sup> Guillermo Lohman Villena, *Los Americanos en las Ordenes Nobiliarias (1529-1900)*, I (Madrid, 1947), 294-6. Pruebas presentadas por Juan de Ortega, natural de México, para su ingreso en la orden militar de Caballeros de Santiago, el año 1671. Sus abuelos maternos fueron don Cristóbal de Tapia y Sosa y doña Luisa de Cáceres, ambos cónyuges primos hermanos entre sí y nietos del Conquistador Andrés de Tapia, a quien se menciona como natural de Medellín.

Se ha podido determinar el año del nacimiento de Andrés de Tapia, porque entre los documentos que ahora se publican, en el número XVII, se afirma que llegó a Cuba en 1517 y al final se establece que pasó a Cuba "de edad de treinta y dos años..."

Diego Colón, pues parece que llegó a las Islas en 1517, tomando parte en algunas de las guerras de pacificación y conquista de ellas".<sup>2</sup>

Sus hazañas en la conquista de México, como también observaciones curiosas, van referidas por él mismo en una relación que publicó el ilustre don Joaquín García Icazbalceta, que abarca los sucesos desde la salida de Cortés de Cuba hasta la prisión de Pánfilo de Narváez.<sup>3</sup>

Como Juan de Grijalva era sobrino del Gobernador de Cuba, Diego Velázquez, así parece haberlo sido Andrés de Tapia, pues él mismo así lo declara:

"...el que esto escribe llegó al puerto de Cuba do es la cibdad de Santiago, e dije a Diego Velázquez cómo yo le iba a servir, e que quería ir a aquella jornada con el Marqués del Valle [entonces no era Cortés el Marqués del Valle]; e él me dijo: No sé qué intención se lleva Cortés para conmigo, y creo que mala, porque él ha gastado cuanto tiene y queda empeñado, y ha recibido oficiales para su servicio, como si fuera un señor de los de España; pero con todo holgaré que vais en su compañía que no ha más de quince días que salió deste puesto o en breve lo tomaréis e yo os socorreré a vos y a los que más quisieren ir. Juntámonos ciertos gentilhombres, e diónos de socorro a cada uno un libramiento de cuarenta ducados para que nos lo diesen en ropa en una tienda, que era lo que en ella se vendía del dicho Diego Velázquez. Con decirme a mí que era su sobrino e hacerme muchos ofrecimientos, me dieron en los cuarenta pesos de oro cosas que por diez pesos hobimos yo y otros mis compañeros más cantidad dellas en otras tiendas; e por esto nos hizo hacer obligaciones a cada uno de los dichos cuarenta pesos, e se las hecimos e se los pagamos después."<sup>4</sup>

A pesar de ese parentesco, pudo más en Tapia el vínculo del paisaje con Cortés, pues consta su fidelidad para con éste, como hemos de ver.

Bernal Díaz del Castillo informa que hallándose en las costas de Cozumel, Hernán Cortés ordenó a Andrés de Tapia que acudiese a ver qué

<sup>2</sup> Francisco Fernández del Castillo, "Andrés de Tapia", en *Tres Conquistadores y Pobladores de la Nueva España: Cristóbal Martín Millán de Gamboa, Andrés de Tapia, Jerónimo López* (Publicaciones del Archivo General de la Nación, XII, México, 1927), 208.

<sup>3</sup> "Relación hecha por el Señor Andrés de Tapia, sobre la Conquista de México", en *Colección de Documentos para la Historia de México, publicada por Joaquín García Icazbalceta*, II (México, 1866), pp. 554-594.

El original se halla en la Real Academia de la Historia, Madrid, en el tomo 115 de Papeles varios de Jesuitas, Est. 15, gr. 5°.

<sup>4</sup> "Relación... por... Andrés de Tapia..." 565.

En la probanza de Cristóbal Martín Millán de Gamboa declaró Tapia lo siguiente: "que llegando este testigo a la isla de Cuba, le dijeron que había quince días que el Capitán don Fernando Cortés era partido de la ciudad e puerto de Santiago, en demanda de esta Nueva España, e que este testigo vino en un navío en seguimiento del dicho Marqués..."

*Tres Conquistadores y Pobladores de la Nueva España: Cristóbal Martín Millán de Gamboa, Andrés de Tapia, Jerónimo López*. "Información de Méritos del Capitán Cristóbal Martín Millán de Gamboa y su descendencia". 59-60.

traían unas canoas muy grandes, que sospechosas procedían del territorio peninsular de Yucatán y aceleradamente se acercaban a esa isla. Venía en ellas el náufrago Jerónimo de Aguilar con un grupo de seis indios, acudiendo al llamado de Cortés y quien ya se impacientaba con la demora. Tapia trató de cumplir su cometido, saliendo al encuentro de las canoas. No pudo reconocer a Aguilar, porque se confundía enteramente con los demás indios, después de ocho años de convivencia con ellos, perdido entre las selvas de los mayas. La identificación pudo lograrse cuando Aguilar habló en lengua española. Tapia lo abrazó efusivamente, como también otro soldado que lo acompañaba. Emocionado lo llevó con mucha prisa hasta la presencia de Cortés, pues consideraba las albricias que tal encuentro le causarían. En el camino los demás soldados inquiríanle por noticias del náufrago, no logrando reconocerlo. Lo mismo acaeció a Cortés, quien al verlo “de aquella manera también picó, como los demás soldados, que preguntó al Tapia que qué era del español, y el español como lo entendió, se puso en cuclillas como hacen los indios e dijo yo soy...”<sup>5</sup>

Tapia lo refiere de este modo en su “Relación”:

“En esta isla [Cozumel] se entendió por señas, o como mejor se pudo entender, que en la tierra firme que estaba frontera desta isla había hombres con barbas como nosotros, hasta tres o cuatro. El Señor Marqués del Valle dio ciertas joyas e cosas de rescate de las que él llevaba, a un indio porque llevase una carta a aquellos cristianos, e con este indio envió un bergantín e cuatro bateles e un capitán;<sup>6</sup> e porque el indio decía que estaban cerca de la costa de la mar, les escribió en la carta que aquellos bajeles los esperarían cinco días, e no más; e con esto se fueron el bergantín e bajeles, y estuvieron ocho días, e el indio que llevó la carta volvió a nuestra gente, e hizo señas que no querían venir, e así se volvieron todos a la dicha isla.<sup>7</sup> E luego el dicho Señor Marqués mandó embarcar toda su gente, e

<sup>5</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, I (México, 1904), Caps. XXVII, 72-74, y XXIX, 78-79.

<sup>6</sup> Bernal dice: que Cortés “mandó apercibir dos navíos, los de menos porte, quel uno era poco mayor que bergantín, y con veinte ballesteros y escopeteros, y por capitán dellos a Diego de Ordaz, y mandó que estoviese en la costa de la punta de Catoche aguardando ocho días con el navío mayor...”

<sup>7</sup> Bernal dice: que “entretantó que iban y venían con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen a dar la respuesta a Cortés de lo que hacían, porque está aquella tierra de la punta de Catoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra...”

Agrega Bernal: que “escrita la carta decía en ella: «señores y hermanos: Aquí en Cozumel he sabido que estais en poder de un cacique detenidos y os pido por merced que luego os vengais aquí a Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hobiédes menester y rescate para dar a esos indios con quien estais, y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar; veníos con toda brevedad; de mí seréis bien mirados y aprovechados; yo quedo en esta isla, con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy mediante Dios la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchán»”.

se embarcó e hizo señal que todos hiciesen vela, e así lo hicieron, e improviso se tornó el viento tan contrario, que fue necesario tornar al puerto, sin poder hacer otra cosa, e tornarse a desembarcar.<sup>8</sup> E otro día estando en un navío el que esta relación da e otros ciertos gentileshombres, vieron venir por la mar una canoa, que así se llama, que es en lo que los indios navegan, y es hecho de una pieza de un árbol cavada, e reconociendo que venía a tomar tierra en la isla, salieron del navío en tierra, e por la costa se fueron lo más encubiertamente que pudieron, e llegando adonde la canoa quería tomar tierra, e la tomó, vieron tres hombres desnudos, tapadas sus vergüenzas, atados los cabellos atrás como mujeres, e sus arcos e flechas en las manos, e les hicimos señas que no hobiesen miedo, y el uno de ellos se adelantó, e los dos mostraban haber miedo y querer huir a su bajel, e el uno les habló en lengua que no entendimos, e se vino hacia nosotros, diciendo en nuestro castellano: «Señores ¿sois cristianos, e cuyos vasallos?». Dijímosle que sí, y que del Rey de Castilla eramos vasallos, e alegróse e rogónos que diésemos gracias a Dios, y él así lo hizo con muchas lágrimas, y levantados de la oración, fuemos caminando al real, y él llevó los dos compañeros suyos, que eran indios, consigo, e por el camino nos fue diciendo que había diez años que yendo en un navío por la mar, no sabe a qué parte, mas de que había partido de la isla de Santo Domingo, e yendo a la Tierra Firme hacia las Perlas, se les abrió el navío, e que trece hom-

Que "luego se embarcaron en los navíos con las cartas y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfo y echaron los mensajeros con las cartas y rescate, y en dos días las dieron a un español que se decía Gerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba..."

Que "desque las hubo leído y recibido el rescate de las quantas que le enviamos, él se holgó con ello y lo llevó a su amo, el cacique, para que le diese licencia, la qual luego le dio para que se fuese a donde quisiese; y caminó el Aguilar a donde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, en otro pueblo cinco leguas de allí, y como le leyó las cartas el Gonzalo Guerrero le respondió:

«Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán quando hay guerras; idos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas, qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir de esta manera; e ya veis estos mis hijitos quán bonicos son; por vida vuestra que me deis de esas quantas verdes que traeis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra».

Que "ansimismo la india, muger del Gonzalo, habló al Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo: mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido, idos vos y no cureis de más pláticas".

Que "el Aguilar tornó a hablar al Gonzalo que mirase que era xpiano, que por una india no se perdiese el ánima e si por muger e hijos lo había, que la llevase consigo si no los quería dejar; y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir; y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos; y desque el Gerónimo de Aguilar vido que no quería venir, se vino luego con los dos indios mensajeros a donde había estado el navío aguardándole, y desque llegó no le halló, que ya era ido, porque ya se habían pasado los ocho días y aun uno más, que llevó de plazo el Ordaz para que aguardase, porque desque el Aguilar no venía, se volvió a Cozumel sin llevar recaudo a lo que había venido".

Que cuando "Aguilar vio que no estaba allí el navío quedó muy triste y se volvió a su amo, al pueblo donde antes solía vivir..."

<sup>8</sup> Bernal añade que "quando Cortés vio volver al Ordaz sin recaudo ni nueva de los españoles, ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado y dijo con palabras soberbias al Ordaz que había creído que otro mejor recaudo trujera que no venirse así sin los españoles, ni nuevas de ellos, porque ciertamente estaban en aquella tierra..."

bres de él tomaron el batel y le pusieron una vela, e corrieron donde el viento los quiso llevar. El navío se fue a fondo con los demás, e que a ellos los había llevado Dios a aquella tierra, e que él había trabajado de contentar a un señor indio en cuyo poder había estado, e otro español había tomado por mujer a una señora india, e que a los demás los indios los habían muerto; e que él sintió del otro su compañero que no quería venir, por otras veces que le había hablado, diciendo que tenía horadadas las narices y orejas, e pintado el rostro y las manos; e por esto no lo llamó cuando se vino”.<sup>9</sup>

Es muy curioso el informe de Tapia respecto a su experiencia de pesquería en la que él llama “punta” y es Isla Mujeres, cerca de la costa oriental de Yucatán. Dice:

“...yo ví que en el navío donde yo estaba tomamos un pescado que llaman tiburón, que es a manera de marrajo, e según pareció había comido todas las raciones que daban de carne a los soldados e personas que iban en el armada, que como era de puerco salado, para la echar en mojo cada cual la ataba al bordo de su navío en el agua; y tomámosle en nuestro navío con un anzuelo y con ciertos lazos que le echaron por la veta do iba al anzuelo; e no pudiéndolo sobir con los aparejos porque daba mucho lado al navío, con el batel lo matamos en el agua, e como podimos lo metimos a pedazos en el batel y en el navío con los aparejos, e tenía en el cuerpo más de treinta tocinos de puerco, e un queso, e dos o tres zapatos, e un

<sup>9</sup> “Relación... por... Andrés de Tapia...”, 556.

La última fase del encuentro de Jerónimo de Aguilar describela Bernal Díaz así:

“Quando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios que habíamos vuelto a Cozumel con los navíos, se alegró en gran manera y dio gracias a Dios y mucha prisa en se venir él y los dos indios que le llevaron las cartas y rescate a se embarcar en una canoa, y como la pagó bien en quantas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella y dan tal prisa en remar que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra a la otra, que serían quatro leguas, sin tener contraste de la mar, y llegados a la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcando dijeron a Cortés unos soldados que iban a cazar, porque había en aquella isla puercos de la tierra, que había venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venía de la punta de Catoche, y mandó Cortés a Andrés de Tapia y a otros dos soldados que fuesen a ver qué cosa nueva era venir allí junto a nosotros indios sin temor ninguno, con canoas grandes; y luego fueron y desque los indios que venían en la canoa, que traían al Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor y queríanse tornar a embarcar e hacer a lo largo con la canoa, y Aguilar les dijo en su lengua que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos...”

Bernal afirma que esos náufragos que desembarcaron en las costas de los mayas, procedían de una navegación, ocho años hacía, “desde el Darién a la isla de Santo Domingo, quando hobo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, y dijo que llevaban diez mil pesos de oro y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dio en Los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él, y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tomar la isla de Cuba o a Jamaica, y que las corrientes eran muy grandes, que les echó en aquella tierra Yucatán...”

Que los que navegaban del Darién a Santo Domingo, además de Aguilar, eran “otros quince hombres y dos mujeres...”

Bernal Díaz del Castillo, XXIX, 78.

plato de estaño, que parecía después haberse caído el plato y el queso de un navío que era del Adelantado Alvarado, a quien el Señor Marqués había hecho capitán de un navío de los de su armada”.

Agrega Tapia que: “la carne que se sacó del pescado comimos, porque estaba más desalada que la otra, y sabía mejor”.<sup>10</sup>

Cómo se inició el ejercicio de la Malinche, interpretando el nahuatl al maya para que a su vez Jerónimo de Aguilar interpretase el maya al español, está descrito por Tapia así:

“Aquí [la Villa Rica de la Vera Cruz] vinieron indios de aquella tierra a le hablar, y nuestro español intérprete no los entendía, porque es la lengua muy diferente de la de donde él había estado; e dábannos los dichos indios algunas cosas que comiésemos, de frutas e pan de maíz, de lo que ellos comen... El Marqués había repartido algunas de las veinte indias que dijimos que le dieron, entre ciertos caballeros, e dos de ellas estaban en la compañía do estaba el que esto escribe; e pasando ciertos indios, una de ellas les habló, por manera que sabía dos lenguas, y nuestro español intérprete la entendía, y supimos de ella que siendo niña la habían hurtado unos mercaderes e llevádola a vender a aquella tierra donde se habían criado; y así tornamos a tener intérprete...”<sup>11</sup>

Entre los servicios de Tapia en la conquista menciona Fernández del Castillo lo siguiente: “en Cholula descubrió la conspiración de los indios que dio lugar a las matanzas llevadas a cabo por Hernán Cortés”. Sin embargo, el mismo Tapia refiere detalladamente lo que acaeció en Cholula y no menciona que él haya sido quien denunció esa conspiración. Dice Tapia:

“...visto que no aprovechaba nada todo lo que decían para estorbar el camino, se concertaron los mensajeros de Moctezuma con los de aquella cibdad para nos matar...”

Añade:

“Estando para nos partir, una india de esta cibdad de Cholula, mujer de un principal de allí, dijo a la india que llevamos por intérprete con el cristiano, que se quedase allí, porque ella la quería mucho e le pesaría si la matasen, e le descubrió lo que estaba acordado; e así el Marqués lo supo e dilató dos días su partida...”<sup>12</sup>

<sup>10</sup> “Relación... por... Andrés de Tapia...”, 557-558.

<sup>11</sup> “Relación... por... Andrés de Tapia...”, 561.

<sup>12</sup> Fernández del Castillo, “Andrés de Tapia...”, 208.

“Relación... por... Andrés de Tapia...”, 574-5.

Bernal Díaz del Castillo, en el Cap. LXXXIII, atribuye la denuncia a tres indios de Cempoala y a ocho de Tlaxcala, además de lo que supo doña Marina de “una india vieja, mujer de un cacique...”

Llegó Tapia a ser amigo de Moctezuma, hasta poder hacerle interrogaciones como la siguiente:

“...e así yo que esto escribo pregunté a Moctezuma y a otros sus capitanes, que era la causa porque teniendo aquellos enemigos [los tlaxcaltecas] no los acababan en un día, e me respondía: «Bien lo pudieramos hacer; pero luego me quedaré donde los mancebos ejercitaran sus personas, sino lejos de aquí; y también queríamos que siempre hubiese gente para sacrificar a nuestros dioses.»<sup>13</sup>

Asimismo, que cuando Moctezuma mantenía buenas relaciones con Cortés, lo hospedaba y agasajaba, un día el jefe azteca:

“fue al patio de los ídolos, tenía consigo poca gente de la suya, e andando por el patio me dijo a mí: «Sobid a esa torre, e mirad que hay en ella»; e yo sobí e algunos de aquellos ministradores de la gente subieron conmigo e llegué a una manta de muchos dobleces de cáñamo, e por ella había mucho número de cascabeles e campanillas de metal; e queriendo entrar hicieron tan gran ruido que me creí que la casa se caía.”

Que Cortés también fue y:

“subió como por pasatiempo, e ocho o diez españoles con él; e porque con la manta que estaba por antepuerta, la casa estaba oscura, con las espadas quitamos de la manta, e quedó claro”.

Describe el interior:

“Todas las paredes de la casa por de dentro eran hechas de imaginería de piedra, de la con que estaba hecha la pared. Estas imágenes eran de ídolos, e en las bocas de éstos e por el cuerpo a partes tenían mucha sangre, de gordor de dos e tres dedos, e descubrió los ídolos de pedrería, e miró por allí lo que se pudo ver...”<sup>14</sup>

Sigue refiriéndonos Tapia que cuando Cortés tenía prisionero a Moctezuma, éste le dijo a aquél: «Váyanse con estos míos algunos vuestros, e mostrarles han una casa de joyas de oro e aderezos de mi persona».

Agrega Tapia sus impresiones personales:

“Quien esto escribe e otro gentilhomme fueron por mandado del Marqués (Cortés) con dos criados de Moctezuma, e en la casa de las aves, que así la llamaban, les mostraron una sala e otras dos cámaras donde había asaz de oro e plata e piedras verdes, no de las muy finas, e yo hice llamar al Marqués, e fue a verlo, e lo hizo llevar a su aposento.”

<sup>13</sup> “Relación... por... Andrés de Tapia...”, 572.

<sup>14</sup> “Relación... por... Andrés de Tapia...”, 584-5.

Continúa describiéndonos:

“...quien esto escribe y un Gonzalo de Umbría, contaron los palos que había, e multiplicando a cinco cabezas cada palo, de los que entre viga y viga estaban, como dicho he, hallamos haber ciento treinta y seis mil cabezas, sin las de las torres.”<sup>15</sup>

Según esta descripción de Tapia, ese número de cabezas, de los que habían sido sacrificados, encontraron ensartadas por las sienes en el *zompantli*.

Menciona también Fernández del Castillo que Tapia:

“Más tarde fue comisionado para ir en compañía de Francisco de Aguilár, Valdemar y otros para acompañar a los embajadores de Moctezuma, encargados de traer preso al General mexicano Cuahupopoca, Señor de Nau-tla...”<sup>16</sup>

Tapia refiere que cuando Cortés salió de Cholula y se dirigía a México, poco antes que entrase en ella:

“Supo que los españoles que había dejado en la costa poblados, yendo a un pueblo de un vasallo de Moctezuma a le decir que les diese de comer, los del pueblo habían peleado con ellos e muértoles un caballo e un español, y herido a los más de ellos.”

Que cuando Moctezuma quedó prisionero de Cortés, el jefe azteca:

“...envió por el señor del pueblo que había peleado con los españoles en la costa, e dio un sello con cierto carácter en él figurado, el cual se quitó del brazo e dijo al Marqués [Cortés]: «Váyanse dos de vuestros hombres con estos mensajeros que yo envío, e traírán al que ha hecho el daño a vuestra gente». Esto porque el Marqués se lo pidió así, e dijo a sus mensajeros Moctezuma: «Id e llamad a Cuahupopoca (que así se llamaba el señor); e si no quisiese venir por la creencia de esta mi seña, hareis gente de guerra en mi tierra, e iréis sobre él e destruidlo e prendedlo por fuerza, e no vengaís sin él, e mirad por esos cristianos mucho». Fueron e trajéronlo, e confesó haber él hecho el daño en los españoles, en caso que dijo que Moctezuma se lo había mandado. El Marqués hizo sacar de los almacenes de armas que hemos dicho, todas las que hubo, que eran arcos, e flexas [flechas], e varas, e tiraderas, e rodelas e espadas de palo con filos de peder-nal, e serían más que quinientas carretadas, e hizo quemarlas e con ellas a Cuahupopoca, e para esto dijo que las quemaba para quemar aquél...”<sup>17</sup>

<sup>15</sup> “Relación... por... Andrés de Tapia...”, 581-3.

<sup>16</sup> Fernández del Castillo, “Andrés de Tapia”, 208.

<sup>17</sup> “Relación... por... Andrés de Tapia...”, 579 y 584.

Como puede observarse, Tapia no tuvo intervención en aprehender a Cuahupopoca.

Poco después supo Cortés que había llegado a la costa cierta gente española que venía contra él. Tapia dice que Cortés lo mandó llamar y le otorgó una comisión especial con ese motivo:

“...llamóme a mí, que en ese día había llegado de poner en paz [a] ciertos señores de Cholula e Tlaxcala que reñían sobre unos términos, e me mandó ir fuera del camino usado para que supiese qué se había hecho de la gente que él había dejado en la Villa Rica en la costa; e llevándome indios a cuestras de noche, e yo caminando de día a pie, llegué en tres días e medio a la Villa Rica, e ya habían hecho mensajeros al Marqués [Cortés] el Capitán de la dicha villa [Gonzalo de Sandoval], y enviándole tres españoles que prendió de los contrarios.”

Que dejando en México a Pedro de Alvarado, Cortés salió hacia el teatro de los acontecimientos, para vérselas con Pánfilo de Narváez, enviado por Diego Velázquez para destituirlo del mando. Cortés llevaba “poco más de cincuenta hombres”, y

“...caminó para donde los españoles contrarios estaban. E los que estábamos en la villa que estaba en la costa, porque éramos pocos nos sobimos a una sierra, e cuando supimos que el Marqués venía salimos a nos juntar con él.”<sup>18</sup>

Bernal Díaz del Castillo proporciona abundantes noticias de la expedición de Pánfilo de Narváez; pero olvidó mencionar la intervención de Andrés de Tapia en estos sucesos.

Nos dice que Diego Velázquez, el Gobernador de Cuba, se sintió muy estimulado por la protección que le otorgaba el Presidente del Real Consejo de Indias, don Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos y Arzobispo de Rossano, quien en realidad era el que mandaba en España, a causa de la ausencia del Emperador que se hallaba en Flandes. Además, tenía noticias de que los procuradores de Cortés lograban muy poco éxito en sus gestiones. Decidió entonces organizar “una armada de diez y nueve navíos y con mil y cuatrocientos soldados”, así como surtirla de armas y pertrechos. También se prepararon para la expedición dos artilleros que habían de traer ochenta de a caballo, noventa ballesteros y setenta escopeteros. Era el Capitán de Artillería don Rodrigo Martín. Que el mismo Diego Velázquez en persona, “aunque era bien gordo y pesado, andaba en Cuba de villa en villa y pueblo en pueblo proveyendo la armada y atrayendo los vecinos que

<sup>18</sup> “Relación... por... Andrés de Tapia...”, 586-7.

tenían indios, y parientes y amigos que viniesen con Pánfilo de Narváez para que le llevasen presos a Cortés y a todos nosotros sus capitanes y soldados...

Que la Real Audiencia de Santo Domingo supo de estas actividades en Cuba, por noticias que le comunicó el Licenciado Zuazo, quien se hallaba tomándole el Juicio de Residencia al Gobernador Velázquez. Decidió, entonces, comisionar a uno de sus Oidores, al Licenciado don Lucas Vázquez de Ayllón, para evitar que saliera esa expedición y provocase conflictos. Llegó dicho Oidor y nada pudo hacer ante la decisión del Gobernador de Cuba; pero, insistiendo en su misión, se vino con Narváez en esa expedición.

En la travesía hacia San Juan de Ulúa tuvieron “un viento norte” en la costa “junto a las sierras de San Martín”, perdiéndose uno de los diecinueve navíos y ahogándose “cierta gente”. Al fin llegó la expedición a San Juan de Ulúa y tres soldados de los de Cortés se refugiaron en ellos, presentando quejas y denunciando situaciones.<sup>19</sup> Así supo Narváez “que ocho leguas de allí estaba poblada en una villa, que se dice la Villa Rica Veracruz, y estaba en ella por Capitán un Gonzalo de Sandoval, con setenta soldados, todos viejos y dolientes, y que si enviase a ellos gente de guerra luego se le darían...”

Que antes de saber de todo esto Cortés:

“lo alcanzó a saber Moctezuma, quien envió [a] sus principales secretamente, que no lo supo Cortés, y les mandó dar comida, y oro y ropa, y que de los pueblos más cercanos les proveyesen de bastimento...”

Entonces, Narváez:

“envió a decir al Moctezuma muchas malas palabras y descomedimientos contra Cortés y de todos nosotros, que éramos unas gentes malas, ladrones que venimos huyendo de Castilla sin licencia de nuestro Rey y Señor; e que como se tuvo noticia, el Rey nuestro Señor, que estábamos en estas tierras, y de los males y robos que hacíamos, teníamos preso al Moctezuma; y para estorbar tantos daños, que le mandó al Narváez que luego viniese con todas aquellas naos, y soldados y caballos, para que le suelten de las prisiones; y que a Cortés y a todos nosotros, como malos nos prendiesen o matasen; y en las mismas naos nos enviase a Castilla, y que desdeque allá llegásemos nos mandaría matar; y le envió a decir otros muchos desatinos, y eran los intérpretes para dárselo a entender a los indios los tres soldados que se nos fueron, que ya sabían la lengua...”

<sup>19</sup> Cuidó Bernal proporcionarnos los nombres de esos tres soldados: “Cervantes el Chocarrero, y Escalona y el otro que se decía Alonso Hernández Carretero...”

Que cuando Moctezuma supo todo esto:

“tuvo gran contento con aquellas nuevas, porque como le decían que tenía tantos navíos, e caballos, e tiros y escopeteros y ballesteros, y eran mil y trescientos soldados, y dende arriba creyó que nos prendería; y demás de esto, como sus principales vieron a nuestros tres soldados con el Narváez, y veían que decían mucho mal de Cortés, tuvo por cierto todo lo que el Narváez le envió a decir, y toda la armada se la llevaron pintada en unos paños al natural”.

Que entonces Moctezuma envió a Narváez:

“mucho más oro y mantas, y mandó que todos los pueblos de la comarca le llevasen bien de comer...” Que “ya había tres días que lo sabía... y Cortés no sabía cosa ninguna...”<sup>20</sup>

Seguía Moctezuma como prisionero de Cortés y éste lo visitaba frecuentemente. El jefe azteca se hacía el enfermo y el jefe español le alegaba que por no tener navíos para regresar a su tierra se veía obligado a permanecer en México. Refiere Bernal que “un día yéndole a ver nuestro Capitán y tenerle [en] Palacio, y después de las cortesías que entre ellos se tenían, pareció al Capitán Cortés que estaba el Moctezuma muy alegre y de buen semblante, y le dijo qué tal se sentía, y el Moctezuma respondió que mejor estaba; y también como Moctezuma lo vio ir a le visitar en un día dos veces, temió que Cortés sabía de los navíos, y por ganar por la mano y no le tuviese por sospechoso, le dijo:

“Señor Malinche, agora en este punto me han llegado mensajeros, de cómo en el puerto a donde desembarcastes, han venido diez y ocho e más navíos, y mucha gente y caballos, e todo nos lo traen pintado en unas mantas, y como me visitastes hoy dos veces, creí que me veníades a dar nuevas de ellos; así que no habrás menester hacer navíos, y porque no me lo decíades por una parte, tenía enojo de vos tenérmelo encubierto, y por otra me holgaba porque vienen vuestros hermanos para que todos os vayais a Castilla e no haya más palabras...”

Que aparentó Cortés regocijo ante Moctezuma cuando oyó tales noticias y luego:

“estuvo muy pensativo porque bien entendió que aquella armada que la enviaba el Gobernador Diego Velázquez contra él y contra todos nosotros, y como sabio que era comunicó lo que sentía de ella con todos nosotros, capitanes y soldados...”<sup>21</sup>

<sup>20</sup> Bernal Díaz del Castillo, I, Cap. CIX, 354-356; Cap. CX, 356-358.

<sup>21</sup> Bernal Díaz del Castillo, I, Cap. CX, 358-9.

Que Pánfilo de Narváez envió desde San Juan de Ulúa a la Villa Rica de la Veracruz, distante “ocho o nueve leguas de allí”, donde se hallaba el Capitán Gonzalo de Sandoval:

“a un clérigo que se decía Guevara que tenía buena espesiva [expresiva], e a otro hombre de mucha cuenta, que se decía Anaya, pariente del Diego Velázquez de Cuba, e a un escribano que se decía Vergara, y tres testigos, los nombres de ellos no me acuerdo, los quales envió para que notificasen al Gonzalo de Sandoval que luego se diese al Narváez, y para ello dijeron que traían unos traslados de las provisiones...”

Sabía Gonzalo de Sandoval lo que acaecía en San Juan de Ulúa, por noticias que le llevaron algunos indios. Dice Bernal que como Sandoval:

“era muy varón en sus cosas, siempre estaba muy apercebido, él y sus soldados armados, y sospechando que aquella armada era de Diego Velázquez y que enviaría a aquella villa de sus gentes para se apoderar de ella; y por estar más desembarazados de los soldados viejos y dolientes, los envió luego a un pueblo de indios que se dice Papalote, y quedó con los sanos...”

Añade Bernal que Sandoval:

“siempre tenía buenas velas en los caminos de Cempoala, que es por donde habían de venir a la villa...” Que estaba convocando y atrayendo a sus soldados para el caso “que si viniese Diego Velázquez u otra persona, que no se les diese la villa, y todos los soldados dicen que le respondieron conforme a su voluntad; y mandó hacer una horca en un cerro...”

Que:

“estando sus espías en los caminos, vienen de presto y le dan noticia que vienen cerca de la villa donde estaba seis españoles e indios de Cuba; y el Sandoval aguardó en su casa, que no les salió a recibir; ya había mandado que ningún soldado saliese de su casa, ni les hablase; y como el clérigo, y los demás que traían en su compañía, no topaba a ningún vecino español con quien hablar, sino eran indios que hacían la obra de la fortaleza, e no les entendían; y como entraron en la villa fueronse a la iglesia a hacer oración, y luego se fueron a la casa de Sandoval, que les pareció que era la mayor de la villa...”

Que el Padre Guevara:

“después de «en hora buena estés», que así dizque dijo, y el Sandoval le respondió que en tal buena hora viniese, dicen que el clérigo Guevara ... comenzó un razonamiento diciendo que el Señor Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, había gastado muchos dineros en la armada, e que Cortés y todos los demás que había traído en su compañía le habían sido traidores, y que les venía a notificar que luego fuesen a dar la obediencia al Señor Pánfilo de Narváez que venía por Capitán General del Diego Velázquez.”

Tan pronto oyó aquellas palabras Gonzalo de Sandoval, pronunciadas con “descomedimiento” y oídas “carcomiendo de pesar”, contestó:

«Señor Padre, muy mal hablais en decir esas palabras de traidores; aquí somos mejores servidores de Su Magestad que no Diego Velázquez; y porque sois clérigo no os castigo conforme a vuestra mala crianza; anda con Dios a México, que allá está Cortés, que es Capitán General y Justicia Mayor de esta Nueva España, y os responderá; aquí no tenéis más que hablar».

No se arredró el Padre Guevara con esas advertencias de Gonzalo de Sandoval, sino que “muy bravoso” mandó al Escribano Vergara, que lo acompañaba, “que luego sacase las provisiones que traía en el seno y las notificase al Sandoval y a los vecinos que con él estaban...”

Ante esta actitud camorrera, Sandoval increpó al Notario, diciéndole:

“que no leyese ningunos papeles, que no sabía si eran provisiones u otras escrituras”.

Así:

“de plática en plática, ya el Escribano comenzaba a sacar del seno las escrituras que traía, y el Sandoval le dijo:

«Mira, Vergara, ya os he dicho que no leais ningunos papeles aquí, sino id a México; y os prometo que si tal leyésedes que yo os haga dar cien azotes, porque ni sabemos si sois Escribano del Rey o no; mostrad titulo de ello e si lo traeis leedlo; ni tampoco sabemos si son originales las provisiones, o traslados u otros papeles...»”.

El Padre Guevara, “que era muy soberbio”, intervino diciendo al Notario:

«¿Qué hacéis con estos traidores? ¡Sacad esas provisiones y notificádselas!».

Que tales palabras fueron dichas “con mucho enojo”. Cuando Sandoval las oyó le dijo: “que mentía como ruin clérigo”. Inmediatamente “mandó a sus soldados que los llevasen presos a México.” Que:

“no lo hobo bien dicho, quando en hamaquillas de redes, como ánimas pecadoras, los arrebataron muchos indios de los que trabajaban en la fortaleza, que los llevaron a cuestras, y en quatro días dan con ellos cerca de México, que de noche y de día con indios de remuda caminaban; e iban espantados desdeque vieron tantas cibdades y pueblos grandes, y les traían de comer, y unos los tomaban y otros los dejaban y andar por su camino; dizque iban pensando si era encantamiento o sueño...”

Mientras tanto, Sandoval “escribió muy en posta a Cortés”, informándole “quién era el capitán de la armada y todo lo acaecido...”

Ya entonces, había enviado Cortés a Andrés de Tapia a la costa para averiguar qué sucedía. No le agradó a don Hernando saber los procedimientos violentos de Sandoval. Así nos lo refiere Bernal Díaz del Castillo:

“y como Cortés lo supo, que venían presos y llegaban cerca de México, enviélos cabalgaduras para los tres más principales, y mandó luego que los soltasen de la prisión, y les escribió que le pesó de que Gonzalo de Sandoval tal desacato tuviese hecho e que quisiera que les hiciera mucha honra; y desde que llegaron a México les salió a recibir y los metió en la cibdad muy honradamente; y desde que el clérigo y los demás sus compañeros vieron a México ser tan grandísima cibdad y la riqueza de oro que teníamos, e otras muchas cibdades en el agua de la laguna, e todos nuestros capitanes y soldados, y la gran franqueza de Cortés, estaban admirados; y a cabo de dos días que estuvieron con nosotros, Cortés les habló de tal manera, con prometimientos y halagos, y aun les untó las manos de tejuelos y joyas de oro, y los tornó a enviar a su Narváez con bastimento que les dio para el camino, que donde venían muy bravosos leones volvieron muy mansos y se le ofrecieron por servidores, y así como llegaron a Cempoala a dar relación a su capitán, comenzaron a convocar todo el real de Narváez que se pasasen con nosotros...”<sup>22</sup>

Dos fueron los procedimientos que siguió Cortés ante el problema de la presencia de Pánfilo de Narváez: uno diplomático para buscar un arreglo con su enemigo y el otro defensivo de tal modo que no le sorprendiera la agresión. Para lo primero reunió a su gente y acordó con ella, según Bernal:

“que se escribiese en posta con indios, que llevasen las cartas al Narváez antes que llegase el clérigo Guevara, con muchas quiriicias [halagos] y ofrecimientos, que todos a una le hiciésemos, que haríamos lo que Su Magestad mandase y que le pedíamos por merced que no alborotase la tierra, ni los indios viesen entre nosotros divisiones...”

Se alegró esta consideración:

“esto de este ofrecimiento fue por causa que como eramos los de Cortés pocos soldados en comparación de los que el Narváez traía, porque nos tuviese buena voluntad e para ver lo que sucedía...”

Añade Bernal:

“también debajo de estas buenas palabras no dejásemos de buscar amigos entre los capitanes del Narváez, porque el Padre Guevara y el Escribano Vergara dijeron a Cortés que Narváez no venía bien quisto con sus capitanes, y

<sup>22</sup> Bernal Díaz del Castillo, I, Cap. CXI, 359-62.

que les enviase algunos tejuelos y cadenas de oro, porque dádivas quebrantan peñas...”

Que:

“Cortés les escribió que se había holgado en gran manera, él y todos nosotros sus compañeros, con su llegada [a] aquel puerto, y pues son amigos de tiempos pasados que le pide por merced que no dé causa a que el Moctezuma que está preso se suelte y la cibdad se levante, porque será para perderse él e su gente, y todos nosotros las vidas, por los grandes poderes que tiene, y esto que lo dice porque el Moctezuma está muy alterado y toda la cibdad vuelta con las palabras que de allá le han enviado a decir, e que cree y tiene por cierto que de un tan esforzado y sabio varón, como él es, no habían de salir de su boca cosas de tal arte dichas, ni en tal tiempo...”

Que:

“También escribió Cortés al Secretario Andrés de Duero y al Oidor Lucas Vázquez de Ayllón, y con las cartas envió ciertas joyas de oro para sus amigos, y después que hubo enviado esta carta, secretamente mandó dar al Oidor cadenas y tejuelos...”

Que:

“rogó al Padre de la Merced [Fray Bartolomé de Olmedo, capellán de la expedición de Cortés] que luego tras las cartas fuese al real de Narváez y le dio otras cadenas de oro, y tejuelos y joyas muy estimadas, que diese allá a sus amigos...”

Que Narváez se mofaba de las cartas que Cortés le escribía. Una de ellas:

“andábala mostrando el Narváez a sus capitanes, haciendo burla de ella y aun de nosotros, y un capitán de los que traía el Narváez, que venía por vedor, que se decía Salvatierra, dicen que hacía bramuras desque la oyó y decía al Narváez, reprendiéndole que para qué leía la carta de un traidor como Cortés e los que con él estaban, e que luego fuese contra nosotros e que no quedase ninguno a vida, y juró que las orejas de Cortés que las había de asar y comer la una de ellas, y decía otras liviandades”.

Que Narváez no quiso responder a Cortés sus cartas:

“y en este instante llegó el clérigo Guevara y sus compañeros, y hablan al Narváez que Cortés era muy buen caballero e gran servidor del Rey, y le dicen del gran poder de México y de las muchas cibdades que vieron por donde pasaron, e que entendieron que Cortés que le será servidor y hará quanto mandase, e que será bien que por paz y sin ruido haya entre los unos y los otros concierto; e que mire el Señor Narváez a qué parte quiere ir de toda la Nueva España con la gente que trae, que allí vaya y deje al Cortés en otras provincias, pues hay tierras hartas donde se pueden albergar...”

Que:

“como esto oyó el Narváez . . . se enojó de tal manera con el Padre Guevara e con el Amaya, que no los quería después más ver, ni escuchar; y desde que los del real de Narváez les vieron ir tan ricos al Padre Guevara, e al Escribano Vergara e a los demás, y les decían secretamente a todos los de Narváez tanto bien de Cortés e de todos nosotros, e que habían visto tanta multitud de oro que en el real andaba en el juego, [que] ya muchos de los de Narváez deseaban estar ya en nuestro real . . .”

Que:

“en este instante llegó nuestro Padre de la Merced [Olmedo] . . . al real de Narváez con los tejuelos que Cortés le dio y con cartas secretas, y fue a besar las manos de Narváez e a decirle cómo Cortés hará todo lo que mandare, e que tengan paz y amor, y el Narváez como era cabezudo y venía muy pujante no le quiso oír, antes dijo delante del mismo Padre: que Cortés y todos nosotros eramos unos traidores; e porque el fraile respondía que antes eramos muy leales servidores del Rey, le trató mal de palabra; y muy secretamente repartió el fraile los tejuelos y cadenas de oro a quien Cortés le mandó; y convocaba y atraía a los más principales del real de Narváez . . .”<sup>23</sup>

Pronto hubo pleitos entre el Oidor don Lucas Vázquez de Ayllón y el Capitán Narváez, porque:

“venía a favorecer las cosas de Cortés y de todos nosotros . . .” Parece que “ansí se lo habían mandado la Real Audiencia de Santo Domingo y los frailes gerónimos que estaban por gobernadores . . .” Que “cómo sabían los muchos y buenos y leales servicios que hacíamos a Dios primeramente y a nuestro Rey y Señor, y del gran presente que enviamos a Castilla con nuestros procuradores e demás de lo que la Audiencia Real le mandó; como el Oidor vio las cartas de Cortés e con ellas tejuelos de oro; si de antes decía que aquella armada que enviaba era injusta, y contra toda justicia que a tan buenos servidores del Rey como eramos, que era mal hecho venir, de allí adelante lo decía muy más claro y abiertamente; y decía tanto bien de Cortés y de todos los que con él estábamos, que ya en el real de Narváez no se hablaba de otra cosa . . .”

Que:

“demás de esto, como veían y conocían en el Narváez ser la pura miseria; y el oro y ropa que Moctezuma les enviaba, todo se lo guardaba y no daba cosa de ello a ningún capitán ni soldado, antes decía con voz que hablaba muy entonado, medio de bóveda, a su mayordomo: «mira que no falte ninguna manta, porque todas están puestas por memoria»; y como aquello conocían de él e oían lo que dicho tengo del Cortés y los que con él estábamos, de muy francos, todo su real estaba medio alborotado; y tuvo pensamiento el Narváez que el Oidor entendía en ello e poner cizaña . . .”

<sup>23</sup> Bernal Díaz del Castillo, I, Cap. CXII, 363-5.

Que:

“demás de esto, quando Moctezuma les enviaba bastimento, que repartía el despensero o mayordomo de Narváez, no tenía cuenta con el Oidor, ni con sus criados, como era razón, y sobre ello hobo ciertas cosquillas y ruido en el real; y también por consejo que daban al Narváez el Salvatierra que dicho tengo que venía por veedor, y un Juan Bono de Cuexo, vizcaíno; y sobre todo, los grandes favores que tenía el Narváez de Castilla, de don Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos, e Arzobispo de Rossano, tuvo tal atrevimiento el Narváez que prendió al Oidor del Rey y envióle preso a él y a ciertos sus criados y a su escribano, y los hizo embarcar en un navío, y los envió a Castilla o a la isla de Cuba; y a un hidalgo que se decía Fulano de Oblanca, y era letrado, porque decía que Cortés era muy servidor del Rey y todos nosotros los que estábamos con él, y que eramos dignos de muchas mercedes, y que parecía mal llamarnos traidores, y que era mal hecho prender a un Oidor de Su Magestad, y por esto que le dijo le mandó echar preso; y como el Gonzalo de Oblanca era muy noble, del enojo murió dentro de quatro días...”

Que:

“también mandó echar presos a otros dos soldados que traía en su navío, que sabía que hablaban bien de Cortés, y entre ellos fue un Sancho de Barahona...”

El Oidor que llevaron preso a Castilla se las compuso “con palabras buenas y con temores” a los del navío, diciéndoles:

“que llegados a Castilla, que Su Magestad en lugar de paga de lo que hacen, les mandaría ahorcar; y desque aquellas palabras oyeron le dijeron que les pagase su trabajo y les llevarían a Santo Domingo; y así mudaron la derrota que les había mandado el Narváez; y llegados a la isla de Santo Domingo y desembarcado, desque la Audiencia Real que allí residía y los frailes gerónimos que estaban por gobernadores, oyeron al Licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, y vieron tan gran desacato y atrevimiento, sintieronlo mucho y con tanto enojo que luego lo escribieron a Castilla, al Rcal Consejo de Su Magestad...”

Mas, el Obispo de Burgos, Señor Rodríguez de Fonseca, seguía como Presidente del Real Consejo de Indias y:

“lo mandaba todo, y Su Magestad no había venido de Flandes, no hobo lugar de se hacer cosa ninguna de justa...”

Pero, mientras tanto:

“como ciertos soldados, deudos y amigos del Oidor Lucas Vázquez de Ayllón, vieron que el Narváez había hecho aquel gran desacato y desatino contra el Oidor de Su Magestad, que había llevado preso, e temerosos del Narváez

que les traía ya sobre los ojos y estaba mal con ellos, acordaron de se huir de los arenales a la villa, donde estaba el Capitán Sandoval; y les hizo mucha honra y supo de ellos todo...”<sup>24</sup>

Después de haberse embarcado el Oidor, Narváez procuró trasladar su cuartel de operaciones a Cempoala, “pueblo que en aquella sazón era muy poblado...” Aprehendió al Cacique Gordo, lo despojó de todo lo que Cortés le dejó y hasta le tomó las indias que le había encomendado cuidar, a pesar de las protestas del mencionado jefe indígena.

Ya instalado en Cempoala, Narváez comenzó a enviar notificaciones a Cortés para que lo reconociera como superior suyo. Simultáneamente a esos requerimientos, Cortés recibía cartas y avisos de Gonzalo de Sandoval, quien le escribía de la Villa Rica todo lo que averiguaba. Al fin Cortés se decidió, “sin más aguardar cartas, ni otras razones”, ir a vérselas con Narváez, antes que éste avanzase hacia el interior.

Antes de salir Cortés, dispuso:

“que Pedro de Alvarado quedase en México en guarda de Moctezuma, con todos los soldados que no tuviesen disposición para ir [en] aquella jornada”, como “también para que quedasen allí las personas sospechosas que sentíamos ser amigos de Diego Velázquez...”

Asimismo envió Cortés a Tlaxcala, en aquella sazón:

“por mucho maíz, porque había malas sementeras en tierra de México por falta de agua, e hobo necesidad de ello, e como teníamos muchos indios nabonarios de Tlaxcala habíamoslo menester. El qual maíz trujeron, e gallinas e otros bastimentos, que dejamos a Pedro de Alvarado”. Que “quedaron con él ochenta soldados por todos”.

Moctezuma estaba alarmado con tanto movimiento:

“vio que queríamos ir sobre Narváez, y como Cortés le iba a ver cada día e a tenerle [en] Palacio, jamás Cortés le quiso dar a entender que el Moctezuma ayudaba a Narváez, e le enviaba oro e mantas, e le mandaba dar bastimentos...”

Que:

“de plática en plática le preguntó Moctezuma a Cortés que adónde quería ir e para qué había hecho aquellos pertrechos e fortaleza, e cómo andábamos todos rebotados...”

<sup>24</sup> Bernal Díaz del Castillo, I, Cap. CXIII, 366-8.

Preocupado, trató de disuadirlo con razones, haciéndole considerar la mucha gente que traía Narváez y la poca que Cortés tenía. Este le contestó con entusiasmo, ponderando que con su esfuerzo y el de los suyos vencerían, agregando:

“que como nuestro Emperador tiene muchos reinos e señoríos, hay en ellos mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas e otras mucho más, e que nosotros somos de dentro de Castilla, que llaman Castilla la Vieja, e nos dicen castellanos, e que el Capitán que está ahora en Cempoala y la gente que trae es de otra provincia que llaman Vizcaya e se llaman vizcaínos, que hablan como los otomíes, tierra de México...”<sup>25</sup>

Al fin salió Cortés y tomó el camino hacia Cholula. Intentó pedir cinco mil hombres de Tlaxcala; pero:

“enviaron a decir que si fueran para contra indios como ellos, que sí hicieran e aun mucho más, e que para contra teules como nosotros, e contra lombardas y ballestas, que no querían, y proveyeron de veinte cargas de gallinas...”

Que:

“también Cortés escribió a Sandoval que se juntase, con todos sus soldados, muy prestamente con nosotros, que íbamos a unos pueblos, obra de doce leguas de Cempoala, que se dicen Tampaniquita e Mitlanguita...” Que “mirase muy bien el Sandoval que Narváez no le prendiese, ni hobiese a las manos a él ni a ninguno de sus soldados...”

Que:

“yendo que íbamos de la manera que he dicho, con mucho concierto para pelear, si encontrásemos gente de guerra de Narváez o al mismo Narváez, y nuestros corredores del campo [Andrés de Tapia con la gente que llevó de vanguardia] descubriendo e siempre una jornada adelante dos de nuestros soldados, grandes peones, personas de mucha confianza, y éstos no iban por camino derecho, sino por partes que no podían ir a caballo, para saber e inquirir de indios de la gente de Narváez...”

Que:

“yendo nuestros corredores del campo descubriendo, vieron venir a un Alonso de Mata, el que decían que era escribano, que venía a notificar los papeles o traslados de las provisiones..., e a los quatro españoles que con él venían por testigos; y luego vinieron los dos nuestros soldados de a caballo a dar mandado, y los otros dos corredores del campo se estuvieron en palabras con el Alonso Mata e con los quatro testigos...”

<sup>25</sup> Pánfilo de Narváez no era vizcaíno, sino de Castilla la Vieja. Bernal mismo informa que “era de tierra de Valladolid, o del mismo Valladolid”. Bernal Díaz del Castillo, I, Cap. CXVII, 379.

## Recuerda Bernal que:

“en este instante nos dimos prisa en andar e alargamos el paso, e desde que llegaron cerca de nosotros hicieron gran reverencia a Cortés y a todos nosotros, y Cortés se apeó del caballo y supo a lo que venían, e como el Alonso de Mata quería notificar los despachos que traía, Cortés le dijo que si era Escribano del Rey y dijo que sí, e mandóle que luego exhibiese el título e que si lo traía que leyese los recaudos, e que haría lo que viese que era servicio de Dios e de Su Magestad, e si no lo traía que no leyese aquellos papeles, e que también había de ver los originales de Su Magestad...”

## Que Mata quedó:

“medio cortado e medroso, porque no era Escribano de Su Magestad, e los que con él venían no sabían qué se decir; e Cortés les mandó dar de comer porque reparamos allí e les dijo Cortés que íbamos a unos pueblos cerca del real del Señor Narváez, que se decían Tampanequita, y que allí podía enviar a notificar lo que su Capitán mandase...”

## Que:

“tenía Cortés tanto sufrimiento que nunca dijo mala palabra del Narváez, e apartadamente habló con ellos e les tomó las manos e les dio cierto oro, e luego se volvieron a su Narváez, diciendo bien de Cortés e de todos nosotros, e como muchos de nuestros soldados, por gentileza en aquel instante, llevábamos en las armas joyas de oro, e cadenas e collares al pescuezo, e aquellos que venían a notificar los papeles las vieron, dicen en Cempoala maravillas de nosotros; e muchos había en el real de Narváez, personas principales que querían venir a traer paces y tratar con Cortés, y desde que todos los veían ir ricos...”

## Que llegaron Cortés y los suyos:

“a Panganequita [antes mencionaba Bernal a Tampanequita] e otro día llegó el Capitán Sandoval con los soldados que tenía, que serían hasta sesenta, porque los demás, viejos y dolientes, los dejó en unos pueblos de indios de nuestros amigos que se decían Papalote, para que allí les diesen de comer; y también vinieron con él los cinco soldados parientes y amigos del Licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que se habían venido huyendo del real de Narváez y venían a besar las manos a Cortés, a los cuales con mucha alegría recibió muy bien...”

## Que:

“allí estuvo contando el Sandoval a Cortés de lo que les acaeció con el clé-rigo furioso, Guevara, e con el Vergara e con los demás, y cómo los mandó llevar presos a México...”

Que:

“también dijo cómo desde la villa envió dos soldados como indios, puestos mantillas o mantas como indios propios, al real de Narváez, e cómo eran morenos dijo Sandoval que no parecían españoles sino propios indios, e cada uno llevó una carguilla de ciruelas a cuestas, que en aquella sazón era tiempo de ellas, quando estaba Narváez en los arenales, antes que se pasasen al pueblo de Cempoala, e que fueron al rancho del bravo Salvatierra, e que les dio por las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas; e desque hobieron vendido las ciruelas el Salvatierra les mandó que le fuesen por yerba, creyendo que eran indios, allí junto a un riachuelo que estaba cerca de los ranchos para su caballo; e fueron e cogieron unas carguillas de yerba, y esto era a hora del Ave María, quando volvieron con la yerba y se estuvieron en el rancho en cucullas como indios hasta que anocheció; e tenían ojo y sentido en lo que decían ciertos soldados del Narváez que vinieron a tener palacio e compañía al Salvatierra; dizque les decía el Salvatierra: «oh a qué tiempo hemos venido, que tiene allegado ese traidor de Cortés más de setecientos mil pesos de oro y todos seremos ricos, pues los soldados e capitanes que consigo trae no será menos sino que tengan mucho oro»; y decían por ahí otras palabras, e desque fue bien oscuro vienen los dos de nuestros soldados que estaban hechos como indios e callando salen del rancho y van a donde tenían el caballo y con el freno que estaba junto con la silla le enfrenan y ensillan, e cabalgan en él; e viniéndose para la villa e de camino topan otro caballo maneado cabe el riachuelo, y también se lo trujeron...”

Que:

“preguntó Cortés al Sandoval por los mismos caballos e dijo que los dejó en el pueblo de Papalote, donde quedaban los dolientes, porque por donde él venía con sus compañeros no podían pasar caballos porque era tierra muy fragosa e de grandes sierras; e que vino por allí por no topar con gente del Narváez; e quando Cortés supo que era el un caballo del Salvatierra se holgó en gran manera e dijo: «agora braveará más desque le halle menos”.

Que Salvatierra:

“desque amaneció e no halló a los dos indios que le trujeron a vender las ciruelas, ni halló su caballo, ni la silla y el freno, dijeron después muchos soldados de los del mismo Narváez, que decía cosas que los hacía reír, porque luego conoció que eran españoles de los de Cortés los que les llevaron los caballos, e desde allí adelante se velaban...”<sup>26</sup>

Insistió Cortés en sus gestiones diplomáticas, a pesar de estar ya tan cerca del cuartel de operaciones de Narváez y avanzados los aprestos que hacía para lanzarse al combate, mandando hacer lanzas muy largas, que las sabían hacer los indios chinantecas, muy amigos suyos. Mientras tanto,

<sup>26</sup> Bernal Díaz del Castillo, I, Cap. CXIV, 368-70, y CXV, 371-6.

y una vez más, envió al Padre Olmedo para convencer a Narváez. Escribió una carta, reiterando sus propósitos de paz y proponiendo arreglos. Mas, cansado Narváez de tanto mensajero, intentó aprehender al mencionado fraile y retenerlo consigo. Lo hubiera hecho si Andrés de Duero, Secretario de Diego Velázquez, no intercede por él, brindándose hasta como mediador para hacer los convenios.

Había buena amistad, desde Cuba, entre Cortés y Duero. Logró éste que Narváez le permitiera acudir al cuartel enemigo y tratar esos asuntos. Muy pronto se entendieron los antiguos amigos y llegaron a convenir en pactos, a espaldas de Narváez. No se conformó Cortés con estos arreglos, sino que envió al Capitán Juan Velázquez de León "pariente muy cercano del Gobernador de Cuba, Diego Velázquez", y sin embargo muy adicto del Conquistador del Anáhuac, para ver qué lograba de Narváez. Agasajó éste al nuevo mensajero y trató de ganárselo para sí. No faltaron pendenencias entre los Velázquez en ese cuartel, porque un "sobrino del Diego Velázquez, que también se decía Diego Velázquez como el tío", no convino con su pariente Juan en apreciar la conducta de Cortés, llegando a palabras agrias: «que no era de los Velázquez de los buenos».

Decidió don Hernando instalarse con los suyos en las riberas del río que los aztecas llamaban Huitzilapan y los españoles llamaron Canoas, adonde fue trasladada más tarde la Villa Rica de la Veracruz. Regresaron allá el Padre Olmedo y Juan Velázquez de León, con los que los acompañaron, holgándose todos mucho con tales informes. Y dice Bernal: "sabíamos que otro día habíamos de entrar en batallas y que habíamos de vencer o morir en ellas, siendo como éramos doscientos y sesenta y seis soldados y los de Narváez cinco veces más que nosotros. . ." Que "luego todos caminamos para Cempoala y fuimos a dormir a un riachuelo, adonde estaba en aquella sazón una puente, obra de una legua de Cempoala. . ."

Mientras Cortés se acercaba al cuartel de Narváez, tan pronto éste lo supo:

"luego mandó sacar toda su artillería, y los de caballo y escopeteros, y ballesteros, a un campo obra de cuarto de legua de Cempoala para allí nos aguardar y no dejar ninguno de nosotros que no fuese muerto o preso; y como llovió mucho aquel día, estaban ya los de Narváez hartos de estar aguardándonos al agua, y como no estaban acostumbrados a aguas ni trabajos, e no nos tenía en nada, sus capitanes le aconsejaron que se volviesen a los aposentos y que era afrenta estar allí como estaban aguardando. . ."

Que asentasen la artillería delante de sus aposentos, que estuviesen toda la noche cuarenta de a caballo, esperando en el camino por donde habíamos

de ir a Cempoala y que tuviesen al pasar del río, que era por donde habían de ir, unos espías, “que fuesen buenos hombres de a caballo e peones ligeros para dar mandado, y que en los patios de los aposentos del Narváez anduviesen toda la noche veinte de a caballo...”

Que así lo hizo Narváez y estando ya en su cuartel “públicamente prometió que quien matase a Cortés o a Gonzalo de Sandoval, que le daría dos mil pesos; y luego puso espías...” Y que “en su aposento durmiesen muchos soldados, así escopeteros como ballesteros...”<sup>27</sup>

Es muy interesante cotejar los informes de Bernal con los de Andrés de Tapia, ya que ambos estuvieron en esas acciones, tomando parte activa en ellas. Obsérvese cómo se acercan algo en sus referencias. Dice así Tapia:

“En este tiempo hubo españoles de los de la compañía del Marqués [Cortés] que a vueltas de indios, de los que iban a llevar yerba y de comer a los españoles nuestros contrarios, se entraban desnudos e teñidos como los indios, e miraban lo que los contrarios hacían y decían. Y es así que el Capitán que con esta gente venía no a más que a soltar a Moctezuma e prender al Marqués e matarlo; por tanto que le ayudasen, porque luego se había de ir de la tierra en llevándonos de allí e matando al Marqués; e esto hizo mucho daño, e los indios le servían por mandado de Moctezuma, e también servían al Marqués, puesto que ya algunos de los indios tenían al Marqués buena voluntad.

“El Marqués, con hasta doscientos y cincuenta hombres que tenía consigo [Bernal dice que eran doscientos sesenta y seis], se fue a poner a un pueblo de indios cerca de sus contrarios que estaban en otro pueblo, e desde allí envió mensajeros a Pánfilo de Narváez...; e a ruego de algunos de su compañía, el Narváez envió mensajeros al Marqués, e se venían a concertar por voluntad del Narváez e de los suyos que darían al Marqués en aquella tierra cierta parte de ella, e le harían cierto que no irían contra él en cosa alguna, e que podría estar a su placer hasta tanto que el Rey mandase lo que fuese su servicio [Bernal afirma que estas proposiciones eran de Cortés a Narváez y no de Narváez a Cortés]; esto se entiende que había de estar con su gente e por Gobernador de la tierra que decimos que le querían dar.

“El Marqués lo comunicó con las más personas de bien de su compañía, e por su parecer de algunos el Marqués aceptara el partido; e finalmente el Marqués envió a mover otro partido, e despachó los que en su compañía estaban mensajeros de sus contrarios, diciendo que si aquel partido que enviaba a decir quisiese el Capitán Narváez aceptar, si no que luego que sus mensajeros volviesen daría la tregua por quebrada.

“E así luego que se fueron los mensajeros contrarios e los suyos se partió tras ellos e anduvimos aquel día casi diez leguas, e en el camino salieron ciertos puercos monteses e venados, e los de caballo los alancearon; e fuese el

<sup>27</sup> Bernal Díaz del Castillo, I, Cap. CXVI, 377-9; CXVII, 379-82; CXVIII, 382-3; CXIX, 384-7; CXX, 387-92, y CXXI, 392-4.

Marqués a poner a dos leguas de los contrarios e allí vinieron sus mensajeros a le decir cómo el Capitán e los de su compañía se reían e burlaban de mover partido por nuestra parte, estando el nuestro tan bajo, e nos certificaron de la mucha e buena artillería que los contrarios tenían, e de cómo el Capitán hacía mercedes de nuestras haciendas a los suyos”.

Que “allí, cabe un río, en presencia de los mensajeros el Marqués llamó a todos sus compañeros e les hizo una plática...” Proporciona brevemente Tapia lo que Cortés dijo entonces. El sentido que Tapia le da a esa arenga es más realista que el que da Bernal con una fuerte influencia emotiva.<sup>28</sup>

Se hallaba Cortés y su gente en el riachuelo que cita Bernal, “que estará obra de una legua de Cempoala y había allí unos buenos prados...”; que “después de haber enviado nuestros corredores de campo, personas de confianza...”; que “Cortés a caballo nos envió a llamar, así capitanes como a todos los soldados, y desde que nos vio juntos nos dijo que nos pedía por merced que callásemos” —dice Bernal— platica con “tan lindo estilo” y en forma tan bien dicha que procura recordarla en su pormenorizada crónica.

Que después de las arengas elocuentes de Cortés, dispuso:

“que fuésemos puestos en ordenanza y capitanías, y para que la primera cosa que hiciésemos fuese tomarles el artillería, que eran diez y ocho tiros que tenían asestados delante sus aposentos de Narváez, mandó que fuese por Capitán un pariente suyo de Cortés que se decía Pizarro, que ya he dicho otras veces en aquella sazón no había fama de Perú ni de Pizarros, que no era descubierta, e era el Pizarro suelto mancebo, y le señaló sesenta soldados mancebos, y entre ellos me nombraron a mí; y mandó que después de tomada el artillería, acudiésemos todos al aposento de Narváez, que estaba en muy alto cu, y para prender al Narváez señaló por Capitán a Gonzalo de Sandoval con otros sesenta compañeros, y como era Alguacil Mayor le dio un mandamiento que decía así:

«Gonzalo de Sandoval, Alguacil Mayor de esta Nueva España por Su Magestad, os mando que prendáis el cuerpo a Pánfilo de Narváez, e si se os defendiese, matadle, que así conviene al servicio de Dios y del Rey Nuestro Señor, por quanto ha hecho muchas cosas en deservicio de Dios y de Su Magestad, y le prendió a un Oidor. Dado en este real y la firma: Hernando Cortés, y refrendado de Su Secretario, Pedro Hernández».

Y después de dado el mandamiento, prometió que al primer soldado que le echase mano le daría tres mil pesos, y al segundo dos mil y al tercero mil; y dijo que aquello que prometía que era para guantes, que ya veíamos la riqueza que había entre nuestras manos.

<sup>28</sup> “Relación... por... Andrés de Tapia...”, 587-8.

“Y luego nombró a Juan Velázquez de León para que prendiese al mancebo Diego Velázquez, con quien había tenido la brega, y le dio otros sesenta soldados; y ansimismo nombró a Diego de Ordaz para que prendiese al Salvatierra, y le dio otros sesenta soldados; y el mismo Cortés por sobresaliente, con otros veinte soldados para acudir a donde más necesidad hobiese, y donde él tenía el pensamiento de asistir era para prender al Narváez y al Salvatierra”.

Volvió Cortés a arengar a su gente, excitándola a empeñoso combate. Esta vez fue breve, nos dice Bernal, “porque en aquella sazón llovía e era tarde...”

Reflexiona luego Bernal:

“Una cosa me ha pasado después acá a pensar, que jamás nos dijo: tengo tal concierto en el real hecho, ni Fulano ni Zutano es en nuestro favor, ni cosa ninguna de éstas, sino que peleásemos como varones; y esto de no decimos que tenía amigos en el real de Narváez fue de muy cuerdo capitán, que por aquel efecto no dejásemos de batallar como muy esforzados y no tuviésemos esperanza en ellos, sino después de Dios en nuestros grandes ánimos”.

Describe luego el cronista cómo se fue desarrollando la batalla, pero lo hace atendiendo a la hazaña individual de cada capitán y soldado.<sup>29</sup>

<sup>29</sup> La relación de la batalla que Bernal Díaz del Castillo hizo es la siguiente:

“Pues mi Capitán Pizarro, con quien habíamos de tomar el artillería, que era la cosa de más peligro, y habíamos de ser los primeros que habíamos de romper hasta los tiros, también decía con mucho esfuerzo cómo habíamos de entrar y calar nuestras picas hasta tener la artillería en nuestro poder, y desque se la hobiésemos tomado, que con ella misma a nuestros artilleros, que se decían Mesa y Siciliano, e Usagre e Arvega, que con las pelotas que estuviesen por descargar diesen guerra a los del aposento del Salvatierra.

“También quiero decir la gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto, o capacete, o casco, o babera de hierro diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello y todo quanto habíamos ganado.

“Y luego secretamente nos nombraron el apellido que habíamos de tener estando batallando, que era: «¡Espíritu Santo! ¡Espíritu Santo!», que esto se suele hacer secreto en las guerras, porque se conozcan e apelliden por el nombre, que no lo sepan unos contrarios de otros. Y los de Narváez tenían su apellido y voz: «¡Santa María! ¡Santa María!»

“Ya hecho todo esto, como yo era gran amigo y servidor del Capitán Sandoval, me dijo aquella noche que me pedía por merced que desque hobiésemos tomado el artillería, que si quedaba con la vida que siempre me hallase con él y le siguiese, e yo se lo prometí y así lo hice, como adelante verán.

“Digamos agora en qué se entendió un rato de la noche, sino en aderezar y pensar en lo que teníamos por adelante, pues para cenar no teníamos cosa ninguna, y luego fueron nuestros corredores del campo y se puso espías y velas.

“A mí e a otro soldado nos pusieron por velas, y no tardó mucho cuando viene un corredor del campo a me preguntar que si he sentido algo, e yo dije que no. Y luego vino un cuadrillero y dijo que el Galleguillo que había venido del real de Narváez no parecía y que era espía echada del Narváez, e que mandaba Cortés que luego marchásemos camino de Cempoala, e oímos tocar nuestro pifañón y tambor, y los capitanes aperciendo sus soldados; y comenzamos a marchar y el Galleguillo hallaron debajo de unos mantas durmiendo, que como llovió y el pobre no era acostumbrado a estar al agua, ni fríos, metióse allí a dormir...”

Que “pues yendo a nuestro paso tendido y los capitanes aperciendo sus soldados, y comen-

Preferimos traer a esta información lo que Andrés de Tapia nos proporciona:

“...íbamos mojados porque había llovido, e con deseo de asar la carne de los venados e puercos que los de caballo habían muerto; e fuímonos a poner a una legua de los contrarios, e mandónos el Marqués que no hiciésemos lumbre porque no fuésemos vistos; e puestas centinelas e escuchas dobladas, quisimos reposar algún tanto e no podíamos, como veníamos mojados e hacía un aire muy fresco. El Marqués recordó, o por mejor decir, como no podía dormir llamó sin tocar a tambor, e dijo:

zamos a marchar como está dicho, sin tocar pífano ni tambor, y nuestros corredores del campo descubriendo la tierra, llegamos al río donde estaban los espías del Narváez que ya he dicho que se decían Gonzalo Carrasco e Hurtado, y estaban tan descuidados que tuvimos tiempo de prender al Carrasco y el otro fue dando voces al real de Narváez, diciendo: «al arma, al arma, que viene Cortés».

“E acuérdome que quando pasábamos aquel río, como llovía venía un poco hondo y las piedras resbalaban algo, e con las picas y armas nos hacía mucho estorbo.

“Y también me acuerdo, cuando se prendió al Carrasco decía a Cortés a grandes voces:

«Mira, Señor Cortés, no vayáis allá, que juro a tal que está Narváez esperandoos en el campo con todo su ejército».

“Y Cortés le dio en guarda a su Secretario Pedro Hernández. Y como vimos que Hurtado fue a dar mandado, no nos detuvimos cosa, sino que el Hurtado iba dando voces y mandando dar «¡Al arma! ¡Al arma!» Y el Narváez llamando a sus capitanes y nosotros calando nuestras picas y cerrando con el artillería, todo fue uno, que no tuvieron tiempo sus artilleros de poner fuego sino a quatro tiros, y las pelotas algunas de ellas pasaron por alto, e una de ellas mató a tres de nuestros compañeros.

“Pues en aquel instante llegaron todos nuestros capitanes tocando al arma nuestros pífano y tambor, e como había muchos de los de Narváez a caballo, detuviéronse un poco con ellos, porque luego derrocaron a seis o siete de ellos; pues nosotros, los que tomamos el artillería, no osábamos, porque el Narváez desde su aposento nos tiraba muchas saetas y escopetas, e hirió siete de los nuestros.

“Y en aquel instante llegó el Capitán Sandoval y sube de presto las gradas arriba, y por mucha resistencia que le ponía el Narváez y le tiraban saetas y escopetas, e con partesanas e lanzas, todavía las subió él y sus soldados.

“Y luego desque vimos los soldados que ganamos el artillería que no había quien nos la defendiese, se la dimos a nuestros artilleros por mí nombrados, y fuimos muchos de nosotros y el Capitán Pizarro a ayudar al Sandoval, que les hacían los de Narváez venir dos gradas abajo retrayéndose, y con nuestra llegada tornó a las subir. Y estuvimos buen rato peleando con nuestras picas, que eran grandes, y cuando no me acato oímos voces del Narváez que decía:

«¡Santa María, váleme, que muerto me han e quebrado un ojo!»

“Y desque aquello oímos luego dimos voces:

«¡Victoria, victoria por los del nombre del Espíritu Santo, que muerto es Narváez!»

“Y con todo esto no les pudimos entrar en el cu donde estaban hasta que un Martín López, el de los bergantines [cuando se sitió México], como era alto de cuerpo, puso fuego a las pajas del alto cu, e vienen todos los de Narváez, rodando las gradas abajo. Entonces prendimos al Narváez y el primero que le echó mano fue un Pedro Sánchez Farfán, buen soldado, e yo se lo dí al Sandoval e a otros capitanes que con él estaban y todavía dando voces y apellido: «¡Viva el Rey, viva el Rey, y en su Real nombre Cortés, Cortés! ¡Victoria, victoria, que muerto es Narváez!»

“Dejemos este combate; vamos a Cortés y a los demás capitanes que todavía estaban batallando cada uno con los capitanes de Narváez, que aún no se habían dado porque estaban en muy altos cues, y con los tiros que les tiraban nuestros artilleros, y con nuestras voces e muerte de Narváez; y como Cortés era muy avisado, mandó de presto pregonar que todos los de Narváez

«Señores, ya sabéis que es muy ordinario en la gente de guerra decir 'al alba dar en sus enemigos'; e si hemos sido sentidos, a esta hora nos esperan nuestros contrarios; e si no nos han sentido, pues no podemos dormir, mejor será gastar el tiempo peleando e holgar lo que nos quedare de que hayamos vencido, que gastarlo con la pasión que el frío nos da»; e así nos levantamos e nos hizo otra plática, diciendo que aun teníamos tiempo de acordar si sería mejor pelear o no; e respondiéndole que queríamos morir o vencer, caminó e cerca del aposento

se vengan luego a someter debajo de la bandera de Su Magestad y de Cortés en su Real nombre, so pena de muerte.

“Y aun con todo esto no se daban los de Diego Velázquez el Mozo, ni los de Salvatierra, porque estaban en muy altos cues y no los podían entrar, hasta que Gonzalo de Sandoval fue con la mitad de nosotros, los que con él estábamos, y con los tiros y con los pregones les entraron y se prendieron así el Salvatierra como los que con él estaban, y al Diego Velázquez el Mozo; y luego el Sandoval vino con todos nosotros los que fuimos en prender al Narváez, a ponerle más en cobro; y desde Cortés, y el Juan Velázquez y el Ordaz tuvieron presos al Salvatierra, y al Diego Velázquez el Mozo, e a Gamarra, e a Juan Yuste e a Juan Bono, vizcaino, e a otras personas principales, se vino Cortés desconocido, acompañado de nuestros capitanes, a donde teníamos a Narváez; e con el calor que hacía grande y como estaba cargado con las armas e andaba de una parte a otra, apellidando nuestros soldados y haciendo dar pregones, venía muy sudando e cansado, y tal que no le alcanzaba un huelgo a otro; e dijo a Sandoval dos veces, que no lo acertaba a decir del trabajo que traía, y dijo qué es de Narváez, qué es de Narváez; dijo Sandoval: aquí está, aquí está, e a muy buen recaudo; y tornó Cortés a decir, muy sin huelgo, mira, hijo Sandoval, que no os quitéis de él, vos y nuestros compañeros, no se os suelte, mientras yo voy a entender en otras cosas, e mira esos capitanes que con él tenéis presos, que en todo haya recaudo...”

Que Cortés “luego se fue y manda dar otros pregones, que so pena de muerte que todos los de Narváez luego en aquel punto se vengan a someter debajo de la bandera de Su Magestad, y en su Real nombre Hernando Cortés, su Capitán General y Justicia Mayor, e que ninguno trajese ningunas armas, sino que todos las diesen y entregasen a nuestros alguaciles; y todo esto era de noche, que no amanecía y aún llovía de rato en rato, y entonces salía la luna, que quando allí llegamos hacía muy oscuro y llovía, y también la oscuridad ayudó, que como hacía tan oscuro había muchos cocuyos [luciérnagas], que así los llamaban en Cuba, que relumbran de noche; los de Narváez creyeron que eran mechas de escopetas”.

Hace Bernal una pausa en sus admirables recuerdos, diciéndonos: “dejemos de esto y pase-mos adelante, que como el Narváez estaba muy mal herido y quebrado el ojo, demandó licencia a Sandoval para que un su cirujano que traía en su armada, que se decía Maestre Juan, le curase el ojo a él, y otros capitanes que estaban heridos, y se la dio; y estándoles curando llegó allí cerca Cortés, disimulado que no le conociesen, a le ver dijéronle al oído al Narváez que estaba allí Cortés; e como se lo dijeron dijo el Narváez: Señor Capitán Cortés, tened en mucho esta victoria que de mí habéis habido y tener presa mi persona; y Cortés le respondió: que daba muchas gracias a Dios que se la dio y por los esforzados caballeros y compañeros que tiene, que fueron parte para ello, e que una de las menores cosas que en la Nueva España ha hecho es prenderle y desbaratarle ¿que si le ha parecido bien tener atrevimiento de prender a un Oidor de Su Magestad?...”

Que “desde hobo dicho esto, se fue de allí, que no le habló más, y mandó a Sandoval que le pusiese buenos guardas y que él no se quitase de él, con personas de recaudo, ya le teníamos echado dos pares de grillos y le llevamos a un aposento, y puestos soldados que le habíamos de guardar, e a mí me señaló Sandoval por uno de ellos, y secretamente me mandó que no dejase hablar con él a ninguno de los de Narváez, hasta que amaneciese que Cortés le pusiese más en cobro...”

Bernal Díaz del Castillo, I, Cap. CXXII, 394-403.

Pánfilo de Narváez permaneció prisionero de Cortés hasta que tomó éste la ciudad de México. Le concedió permiso, luego, para retornar a España. Obtuvo la concesión de conquistar Florida. Murió en 1527, cuando desembarcó en las costas de esa península, peleando con los indios de ahí.

de los contrarios, poco más que una milla, nuestros corredores tomaron una de dos escuchas que los españoles tenían puestas, e el otro huyó; e preguntando al que tomamos cómo estaban en su real, nos dijo que habían tenido nueva de indios que íbamos, e estaban acordados de al alba salir a nosotros, e díjonos la manera de cómo estaba puesta el artillería e la orden que la gente tenía, e decía verdad, e el Marqués dijo que no le hicieran mal, porque lo querían ahorcar sobre que dijese verdad; e su compañero que se huyó dio mandado en su real, e allá se creyeron que íbamos allí a nos poner para gastar lo que de la noche quedaba, para al alba dar en ellos; e así tornaron a mandar que reposase la gente e al alba saliesen al campo; e con todo el Capitán e ciertos gentiles hombres se armaron e estaban despiertos, e hablando en nuestra ida, e teniéndonos por locos”.

#### Que Cortés:

“había apartado ochenta hombres para que fuesen a la casa del Capitán, sin se detener en otra parte e procurasen de lo prender o matar; e para esto dió un mandamiento a un gentilhombre que era su Alguacil Mayor, en que le decía:

«Iréis adonde Pánfilo de Narváez está, e mándoos que le prendais o mateis, porque así conviene al servicio del Rey Nuestro Señor»”.

#### Que:

“de esto reíamos mucho algunos de nosotros; e quando llegamos junto a los contrarios llovía e había llovido, e el artillero tenía los fogones de los tiros tapados con cera por el agua; e así llegamos junto a los centinelas sin que nos sintiesen, e iban huyendo e diciendo: «Arma, arma», e los nuestros tras de ellos tocando arma con el tambor; y estando en el patio de su aposento, el Marqués mandó a toda prisa a los ochenta hombres acometiesen a la casa del Capitán, e él quedaba detrás de nosotros, desarmando e prendiendo a los contrarios; porque como tocó su arma y la nuestra junta, venían los contrarios a nuestra gente, creyendo que eran de los suyos, a preguntar: «¿qué es esto?», e así los prendían”.

#### Que Cortés mandó:

“aviso de cortar e hacer cortar los látigos de las cinchas de los caballos, que como pensaban desde a poco salir al campo, todos tenían ensillados sus caballos e comiendo; e algunos que acudían a enfrenarlos, como estaban los látigos cortados, en cabalgando luego caían, o desde a poco.

“E los ochenta hombres que delante íbamos fuímos a la casa del Capitán, e tenía consigo hasta treinta gentiles hombres, e delante su aposento tenía diez o doce tirillos de campo, e el artillero e otros, turbados e sobresaltados, quitaban unas piedras o tejas sobre los fogones e cebaban sobre la cera, e quando quisieran poner fuego vimos que los tiros no salían, e ganámoselos e peleamos con el Capitán e con los que con él estaban, e algunos hubo de nuestros contrarios que vinieron de fuera, e rompiendo por nosotros se metieron con su Capitán e retrajámoslos todos adentro de la casa, e no pudiéndo entrar pegamos fuego a la casa, e así se dieron, e prendimos al Capitán e a algunos de los otros; e

luego, antes que la victoria se conociese, el Marqués mandó gritar e a grandes voces decían los suyos: «¡Viva Cortés que lleva la victoria!», e así se retrajeron a una torre alta de un ídolo de aquel pueblo casi cuatrocientos hombres, e muchos de los de caballo o los más que adobaron sus cinchas, e cabalgaron e se salieron al campo”.

Que:

“aquí acaeció que como ganamos el artillería, algunos tiros se derribaron de do estaban e otros habían llevado los nuestros, e como un caballero mancebo topase con ocho barriles de pólvora e un medio tonel de alquitrán, e oyó decir que los enemigos se hacían fuertes, e se salían al campo para aguardar la mañana e venir a pelear; e como no vio los tiros, con deseo que tenía de ver por los suyos la victoria, e porque creyó que los contrarios tenían el artillería que él echaba menos, se metió entre los barriles de pólvora, diciendo a otros compañeros: «Haceos afuera e quemaré esta pólvora, porque los enemigos no la hayan e nos hagan daño con el artillería que tienen»; e con fuego que en la mano llevaba de un haz de paja encendida procuraba de quemar la pólvora, e como no podía por estar en barriles, con la espada desfondó uno de ellos, encomendándose a Dios metió el fuego dentro e dejóse caer en el suelo, porque la furia de la pólvora no lo tomase. E acaeció que el marinero que sacó los barriles de pólvora del navío sacó siete barriles de pólvora e uno de alpargatas, creyendo que fuese de pólvora, porque tenía la marca que los otros; e como metiese las pajas e fuego en el barril e no ardiese, procuraba de abrir otro; e a esta sazón el Marqués vino por allí, que andaba peleando y ya no hallaba con quién, e preguntó: «¿qué es eso?» e yo le dije lo que pasaba, e dijo: «¡oh hermano!, no hagáis eso, que morireis e muchos de los nuestros que por aquí cerca están»; e así se entró entre los barriles de pólvora, e con las manos e pies mataba el fuego. E llevada la pólvora a una casa pequeña de un ídolo; donde él tenía algunos de los contrarios presos, e encomendándolos a un Capitán, mandó traer algunos de los tiros e batía en la torre donde los españoles estaban, e así se dieron; e mandó al Capitán que tenía a cargo los presos, que si viese revuelta alguna o que los del campo venían, matase todos los presos, e esto le mandó decir en manera que el General de los contrarios e los demás prisioneros lo oyeron, e el General envió una seña a les mandar e rogar que viniesen a la obediencia del Marqués, por le dar la vida a él y a los presos; e así vinieron e se dieron a prisión; e así el Marqués, haciéndoles quitar a todos las armas e tomando juramento de ellos e a otros la fe, se aseguró de ellos, e desde a dos días les mandó volver sus armas, quedando preso el Capitán e algunos otros”.<sup>30</sup>

<sup>30</sup> “Relación... por... Andrés de Tapia...”, 589-91.

Los últimos párrafos de Tapia pueden referirse a lo que Bernal menciona:

“Narváez había enviado quarenta de a caballo para que nos estuviesen aguardando en el paso, quando viniésemos a su real...”

Que “supimos que andaban todavía en el campo, tuvimos temor que no nos viniesen [a] acometer para nos quitar sus capitanes e al mismo Narváez que teníamos presos, y estábamos apercebidos, y acordó Cortés de les enviar a pedir por merced que se viniesen al real, con grandes ofrecimientos que a todos prometió; e para los traer envió a Xpoval de Olid, que era nuestro

Después de esa hazaña, Cortés aceleró su retorno a México porque Pedro de Alvarado había excitado el coraje de los aztecas. Y desde entonces se inició la fase castrense de la empresa.

Dorantes de Carranza menciona las promesas caballerescas que Andrés de Tapia hizo, que recuerda el juramento que en el medioevo hacían los caballeros andantes. Que entre las:

“cosas grandes que hizo fue una de su grande ánimo, jurando un concierto con otros doce, que fueron Román López, su alférez, Gonzalo de Robles, Alonso de la Serna, García de Aguilar, Victoria, Marcos Ruiz de Sevilla, Cáceres, Baena, Francisco Olmos, Julián Pardo, Francisco Granada, Vanegas”. Que “todos, habiéndose encomendado a Dios y estando oyendo misa del Espíritu Santo, que habían hecho decir, teniendo el sacerdote el Santísimo Sacramento en las manos, hicieron pleito homenaje de abstenerse todo lo posible de pecar mortalmente, prometiendo de andar juntos para socorrer españoles e indios amigos, y librarlos de qualquier peligro, o morir sobre ello”.

Afirma Dorantes que:

“hiciéronse grandes efectos y libraron a muchos de la muerte, y quando algún otro hacía algún buen hecho, decían generalmente que no hiciera más si fuera de los conjurados, como si dijera no hiciese más si fuera de los de la fama”.<sup>31</sup>

A Cortés le causaba desasosiego la compañía de hombres inquietos y turbulentos. Procuraba ahuyentarlos y así trató de enviar fuera de Nueva España a uno de sus más esforzados capitanes, que le servía de contador de la expedición, a Alonso de Avila, pues le turbaba sus planes. Le ocupó, entonces, en negocios que lo apartasen del curso de la empresa, cuando ya no le fue posible tolerar su carácter fuerte. Bernal nos

Maestre de Campo, e a Diego de Ordaz; y fueron en unos caballos que tomaron de los de Narváez, que todos los nuestros de caballo no trujeron ningunos, que atados quedaron en un montecillo, junto a Cempoala, que no trujimos caballos sino picas y espadas, y rodela y puñales; y fueron al campo con uno, soldado de los de Narváez, que les mostró el rastro por donde habían ido y se toparon con ellos; y en fin, tantas palabras de ofertas y prometimientos les dijeron por parte de Cortés que los trujeron...”

Que Cristóbal de Olid y Diego de Ordaz los trajeron, “entre ellos venía Andrés de Duero, e Agustín Bermúdez e muchos amigos de nuestro Capitán, y así como venían iban a besar las manos a Cortés...”

Bernal Díaz del Castillo, I, Cap. CXXII, 403-4.

<sup>31</sup> Baltasar Dorantes de Carranza, *Sumaria Relación de las Cosas de la Nueva España* (México, 1902), 154.

Elogia las virtudes de Tapia. Que “fue un valeroso y venturoso capitán en las cosas de la guerra y prudente en las de paz...”

Fernández del Castillo, “Andrés de Tapia”, 211, dice que entre las promesas estaba la de no decir blasfemias, ni malas palabras.

dice que además de haber tenido Avila sus diferencias con otros capitanes, "tenía gran atrevimiento de decir a Cortés cualquiera cosa que veía que convenía decirle", tal vez sin miramiento. Agrega que "por excusar ruidos y por dar la Capitanía que tenía a Andrés de Tapia..."<sup>32</sup>

Ascendido así a Capitán, Tapia pudo demostrar su capacidad. Cuando en los primeros días de abril de 1521 preparaba Cortés el sitio a la ciudad de México, los habitantes de Chalco le solicitaron, una vez más, su ayuda para defenderse de los mexicas. Acudió don Hernando con trescientos soldados y treinta de a caballo. Llevó también gente de Texcoco, que le era fiel aliada. Y entre los capitanes que le acompañaron en esta defensa se hallaba Andrés de Tapia.<sup>33</sup>

Comenzó el sitio de la ciudad de México en los primeros días de abril de 1521. Como supo Cortés que se les cortaban las cabezas a los soldados prisioneros, después de sacrificarlos en el altar de sus dioses y esas cabezas se repartían en diferentes templos de poblaciones vecinas, dispuso que el Capitán Tapia, con ochenta hombres fuera a rescatar esos cráneos para sepultarlos cristianamente.<sup>34</sup>

Se hallaba Cortés en Cuernavaca, apretando el asedio a México, y hubo ahí fuerte pelea con los mexicas. Se dificultaba la defensa, a causa de las barrancas y la falta de puentes. No podía utilizarse la caballería. Después de varios esfuerzos en exploraciones alrededor del teatro de las actividades, se pudo hallar terreno donde cruzar con los caballos, aunque corriendo riesgos a descalabrarse. Dice Bernal que "en este instante llegaron Xpval. de Olid y Andrés de Tapia con otros de a caballo, que habían pasado con mucho riesgo de sus personas por una puente quebrada..." Que dieron entonces en los mexicas, "por manera que volvieron las espaldas y se fueron huyendo a los montes y a otras partes de aquella honda cava, donde no se pudieron haber..."<sup>35</sup>

Se hallaba Cortés en Texcoco, empeñado en el asedio, cuando le fue denunciada una conspiración que fraguaba Antonio de Villafaña, de quien Bernal no puede precisar si era natural de Zamora o de Toro. Era de la gente que había traído Pánfilo de Narváez y gran amigo del Gobernador

<sup>32</sup> Bernal Díaz del Castillo, I, Cap. CXXXVI, 475.

Alonso de Avila fue enviado entonces a Santo Domingo y poco después a España con un rico obsequio de joyas para Carlos V.

<sup>33</sup> Bernal Díaz del Castillo, II (México, 1904), Cap. CXLIV, 32.

Los otros capitanes fueron Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid. También fue el Tesorero Julián de Alderete y Fray Pedro Melgarejo.

<sup>34</sup> Fernández del Castillo, "Andrés de Tapia", 209.

<sup>35</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CXLIV, 41.

de Cuba, Diego Velázquez. Su plan era matar a Cortés y a sus principales capitanes, a Gonzalo de Sandoval, a Pedro de Alvarado y a Andrés de Tapia, en la ocasión siguiente:

“que como en aquella sazón había venido un navío de Castilla, que cuando Cortés estuviese sentado a la mesa, comiendo con sus capitanes, que entre aquellas personas que tenían hecho el concierto, que trujesen una carta muy cerrada y sellada, como que venía de Castilla, e que dijesen que era de su padre, Martín Cortés, y que cuando la estuviese leyendo le diesen de puñaladas, así al Cortés como a todos los capitanes y soldados que cerca de Cortés nos hallásemos en su defensa”.

Se descubrió oportunamente tal conjuración y fueron aprehendidos los culpables. Se pudo obtener el memorial de los conspiradores, con las firmas de los inmiscuidos. Se tomó la declaración a Villafañá, quien confesó el delito y consecuentemente se le sentenció a la última pena. Bernal refiere: “después que se confesó con el Padre Juan Díaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba...”<sup>36</sup>

Ya en pleno asedio a México:

“como Cortés vio que no se podían cegar todas las aberturas y puentes y zanjas de agua que ganábamos cada día”.

Dice Bernal:

“y de noche las tornaban abrir los mexicanos, y hacían más fuertes albradas que de antes tenían hechas, y que era gran trabajo pelear, y cegar puentes y velar todos juntos, en demás como estábamos todos los más heridos y se habían muerto vei... , acordó Cortés de poner en pláticas con los capitanes y soldados que tenía en su real, que eran Xpval. de Olid, y Francisco Verdugo, y Andrés de Tapia, y el Alférez Corral y Francisco de Lugo, y también nos escribió al real de Pedro de Alvarado y al de Sandoval para tomar parecer de todos nuestros capitanes y soldados, y el caso que propuso era que si nos parecía que fuésemos entrando en la ciudad muy de golpe, hasta llegar al Tlalotelco, que es la plaza mayor de México, que es muy ancha y grande que no la de Salamanca, y que llegados que llegásemos a ella, que sería bien asentar en él todos tres reales, y que desde allí podríamos batallar por las calles de México sin tener tantos trabajos al retraer, ni tener tanto que cegar ni velar las puentes...”<sup>37</sup>

Había distribuido Cortés sus fuerzas para el ataque a la ciudad de México. Organizó tres divisiones, encomendando una a Pedro de Alvarado, quien debía tener su base de operaciones en Tacuba; otra a Cris-

<sup>36</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CXLV, 55, y Cap. CXLVI, 56-8.

<sup>37</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CLII, 92.

tóbal de Olid, quien debía instalarse en Coyoacán; y otra a Gonzalo de Sandoval, quien atacaría desde Ixtapalapa.

Como Bernal quedó en la división que habría de operar desde Coyoacán, describe los escuadrones de este modo:

“Dio a Xpval. de Olid, que era Maestre de Campo, otros treinta [soldados] de a caballo, y ciento y setenta y cinco soldados, y veinte escopeteros y ballesteros, y todos con sus armas, según y de la manera que los soldados que dio de [a] Pedro de Alvarado, y le nombró otros tres capitanes, que fue [fueron] Andrés de Tapia, y Francisco Verdugo, y Francisco de Lugo, y entre todos tres capitanes repartiesen todos los soldados, y ballesteros y escopeteros, y que el Xpval. de Olid fuese el Capitán General de los tres capitanes y de los de caballo, y le dio otros ocho mil tlaxcaltecas, y le mandó que fuese a sentar su real en la ciudad de Coyoacán, que estará de Tacuba dos leguas”.<sup>38</sup>

Se vio Cortés en muy serio peligro de ser aniquilado cuando trató de introducirse, con las fuerzas que se reservó para sí, desde Texcoco hacia el centro. Peleaban los mexicas ardentemente, defendiendo su ciudad, y en el fragor de la batalla “desmayó mucho más Cortés de lo que antes estaba”, nos dice Bernal:

“y se le saltaron las lágrimas por los ojos y [a] todos los que consigo tenía, mas no de manera que sintiesen en el desmayo flaqueza; y luego mandó a Xpval. de Olid, que era Maestre de Campo, y a sus capitanes que mirasen no les rompiesen el real los muchos mexicanos que estaban sobre ellos y que todos juntos hiciesen cuerpo, así heridos como sanos, y mandó a Andrés de Tapia que con tres de a caballo, muy en posta, viniesen por tierra y aventurasen la vida a Tacuba, que es nuestro real,<sup>39</sup> y que supiese si éramos vivos y que si no éramos desbaratados que mirásemos que en el real hubiese buen recaudo y que todos juntos hiciésemos cuerpo así de día como en la noche en la vela; y esto que enviaba a mandar ya lo teníamos por costumbre; y el Capitán Andrés de Tapia y los tres de a caballo que con él venían se dieron buca prisa [testado en el original: «y aunque tuvieron en el camino una refriega de vara y flecha que les dieron en un mal paso los mexicanos, que ya había puesto el

<sup>38</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CL, 66-7.

A Pedro de Alvarado le correspondieron ciento cincuenta soldados “de espadas y rodela, y muchos llevaban lanzas”, treinta “de a caballo” y dieciocho “escopeteros y ballesteros”. Le debían acompañar su hermano Jorge de Alvarado, Gutierre de Badajoz y Andrés de Monjarraz. Y Cortés le dio ocho mil tlaxcaltecas.

A Gonzalo de Sandoval ciento cincuenta soldados, también “de espada, y rodela y lanza”, veinticuatro “de caballo” y catorce “escopeteros y ballesteros”. Además ocho mil “indios de guerra de los de Chalco y Guaxocingo y de otros pueblos por donde el Sandoval había de ir, que eran nuestros amigos...” Le acompañarían los Capitanes Luis Marín y Pedro de Ircio, “que eran amigos del Sandoval”.

<sup>39</sup> Bernal estuvo en la división de Pedro de Alvarado, en Tacuba:

“y a mí me señaló y mandó que fuese con el Pedro de Alvarado...”

Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CL, 66.

Guatemuz en los caminos guarniciones de guerreros, porque no supiésemos los desmanes pasados del un real al otro», y aun venía herido el Tapia y dos de los que traía en su compañía. . .”<sup>40</sup>

Cuando llegó Tapia con los suyos a Tacuba “se holgaron en el alma y nos contaron lo acaecido del desbarate de Cortés y lo que nos enviaba a decir, y no nos quisieron declarar” —dice Bernal— “qué tantos eran muertos, y decían que hasta veinte y cinco, y que todos los demás estaban buenos”.<sup>41</sup>

También dispuso Cortés que fuera Gonzalo de Sandoval a Tacuba y averiguase cómo andaba la situación en el cuartel de operaciones de Pedro de Alvarado. Fue Sandoval con mucha cautela, acompañado de Francisco de Lugo:

“porque bien entendido tenía que había escuadrones mexicanos en el camino, y le dijo [Cortés] que ya había enviado a saber de nosotros a Andrés de Tapia con tres de a caballo, y temía no le hubiesen muerto en el camino. . .”<sup>42</sup>

Los mexicas acometieron denodadamente al cuartel de Tacuba, amenazando fieramente con aniquilar totalmente a los españoles reunidos ahí. Retrocedieron éstos, abandonando la calzada que habían ganado y afanosamente buscaban dónde refugiarse. Dice Bernal:

“pues ya que estábamos retraídos cerca de nuestros aposentos, pasada ya una grande obra donde había mucha agua y no nos podían alcanzar las flechas, y vara y piedra, y estando el Sandoval, y el Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado, contando a cada uno lo que le había acontecido y lo que Cortés mandaba. . .”

Y en aquellos instantes

“tornó a sonar el tambor muy doloroso de Huichilobos, y otros muchos caracoles y cornetas, y otras como trompetas, y todo el sonido de ellos espantable. . .”<sup>43</sup>

Después de pelear con muy poco éxito en la calzada de Tacuba, dice Bernal:

“dejemos de hablar más en contar lástimas y volvamos a decir el recaudo y manera que dende en adelante teníamos y como el Gonzalo de Sandoval, y

<sup>40</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CLII, 98.

<sup>41</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Loc. cit.*

<sup>42</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CLII, 100.

<sup>43</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CLII, 102.

Francisco de Lugo, y Andrés de Tapia, e Juan de Cuéllar, y Valdenebro, y los demás soldados que habían venido a nuestro real les pareció que era bien volverse a sus puestos y dar relación a Cortés cómo y de qué manera estábamos; y se fueron en posta y dijeron a Cortés cómo Pedro de Alvarado y todos sus soldados teníamos muy buen recaudo, así en el batallar como en el velar. . .”<sup>44</sup>

Había tomado posesión Cortés del fuerte de Xoloc y ordenó a Sandoval que se uniera con Alvarado en Tacuba, con el objeto de forzar una entrada hasta Tlaltelolco. El mismo quiso encargarse de esa ofensiva y así aumentó sus fuerzas con otras que hizo traer de Tacuba.

Llegó el día y Cortés:

“salió de su campo con todo su ejército, los siete bergantines y un número tan considerable de canoas, que su relación las hace subir a tres mil”.

Pudo penetrar en la ciudad hasta la Plaza Mayor, sin oposición. Ya en ella:

“dividió sus fuerzas en tres trozos, que debían dirigirse sobre Tlaltelolco por las calles que ahora llamamos del Reloj [hoy Argentina], Santo Domingo [hoy Brasil] y Manrique [hoy Chile]. Julián de Alderete tomó la calle principal, es decir de Santo Domingo, con una de las divisiones, y Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, que mandaban las otras dos, emprendieron su marcha, uno por las del Reloj y otro por la de Manrique, quedando Cortés con un cuerpo de reserva para acudir adonde se le ofreciese”.

Como se había hecho siempre, se advirtió:

“que ninguna de las divisiones dejase tras sí cortadura abierta, ni obstáculo ninguno que pudiese impedirle la retirada”.

Al principio opusieron los mexicas gran resistencia. Mas, luego:

“empezaron a ceder con el fin de que empeñado [el español] en el ataque pudiese ser cortado. Alvarado y Tapia cumplieron exactamente las órdenes de Cortés, y cegaron cuantas cortaduras pasaban; pero Alderete, hombre fogoso, no quiso detenerse a poner en práctica por sí mismo esta precaución importante, sino que la encargó a algunos de los aliados que se contentaron con echar maderos y otros materiales poco sólidos en una gran cortadura, y no dejándola asegurada prosiguieron adelante en pos del saqueo”.

Supieron muy bien aprovechar los mexicas esa negligencia del altivo Alderete, pues cuando vieron que su división ya estaba al llegar a Tlaltelolco, en tanto que las otras de Alvarado y Tapia se hallaban distantes,

<sup>44</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CLII, 104.

y que en la calle principal “había quedado abierta una gran cortadura”, determinaron lanzarse a exterminarlos.

Cargaron, así, los mexicas “con tal vigor y constancia” que los desbarataron y pusieron en fuga. Pero no fue esto lo peor. Cuando llegaron “al foso, que parecía cegado, porque las materias que lo cubrían sobrenadaban, se hundieron los primeros que pusieron el pie en él, y tras ellos cayeron otros muchos, que en la confusión de la fuga intentaban sólo salvarse, aunque sin acertar con los medios de lograrlo”.

Estaba, entonces, Cortés en una calle estrecha y le llamó la atención la algarazara de los mexicas con los ruidos de las bocinas y de los tambores, y salió inmediatamente a ver qué acaecía. Que “temió por sus divisiones y se dirigió al punto donde advertía mayor tumulto. Cuando llegó, vio toda la extensión de su pérdida, pero intrépido y activo hizo frente al peligro”.

Sólo tenía en aquel momento doce hombres y a pesar de tan crítica situación, Cortés “procuró animar y contener a los que se precipitaban en la cortadura, salvó a muchos que salían medio ahogados, mal heridos y desarmados...” Como dedicaba a esta operación todos sus cuidados, “le impidió advertir que se hallaba ya rodeado de enemigos y a punto de caer en sus manos. Así es que cuando lo conoció ya no pudo retirarse, y determinó vender cara su vida...”

Los mexicas se propusieron en aquel momento coger vivo a Cortés y sacrificarlo. Así lo hicieron y:

“cuando ya lo tenían en su poder e incapaz de moverse, una de las divisiones que se retiraba supo o sospechó el caso, y resuelta a salvarlo a toda costa, cayó con el ímpetu de la desesperación sobre los mexicanos que lo conducían preso”.

Que:

“Cristóbal de Olea, uno de sus domésticos, de un sólo tajo echó abajo el brazo del mexicano que lo sujetaba, con lo que quedó libre y pudo montar en un caballo que le llegó muy a tiempo. Luego que Cortés se vio libre, continuó en su empeño de hacer que todas las divisiones viniesen a la calle de Tacuba, y cuando ya se hallaron en ella las hizo formar y ordenarse en la Plaza Mayor para ejecutar la retirada que, aunque con indecibles molestias y dificultades, se efectuó como siempre por la calle que conduce a San Antonio Abad [hoy Calzada de Tlalpan]”.

Las bajas que sufrió la expedición de Cortés en esta acción fueron tremendas. Las pérdidas fueron “una de las mayores que sufrieron los

españoles en México”, consistiendo “en sesenta españoles, más de mil aliados, siete caballos, la quinta parte de las canoas, el capitán de un bergantín, un cañón, y muchas armas, habiendo salido heridos casi todos, entre ellos Cortés”.<sup>45</sup>

Mientras se desarrollaba ese sitio a México, hubo algunos pueblos que aprovecharon las dificultades de los españoles para hostilizarlos. Entre ellos el de Malinalco, cuyos habitantes dirigieron sus armas contra Cuernavaca. Asimismo el de Toluca.

Cortés comisionó a Gonzalo de Sandoval para debelar a los de Toluca y “otra división respetable marchó por Cuernavaca a las órdenes del Capitán Andrés de Tapia, con orden de escarmentar a los de Malinalco y volver precisamente antes de haber cumplido diez días de su salida. Este corto término no le dio lugar para apoderarse de la ciudad, que situada en una eminencia, para tomarla se necesitaba más tiempo; pero lo tuvo bastante para batirlos en campo raso, como lo hizo en las inmediaciones de Cuernavaca donde le presentaron batalla”.

Tanto los de Malinalco como los de Toluca se presentaron luego a Cortés para implorarle clemencia y aceptar su sumisión.<sup>46</sup>

Poco después de conquistada la ciudad de México, acertó a llegar a Veracruz con dos navíos un personaje que ostentaba el título de Gobernador de Nueva España, cuyo título decía haberle sido expedido por el entonces Presidente del Real Consejo de Indias, don Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos y Arzobispo de Rossano, a quien ya conocemos por su ostensible mala voluntad a Hernán Cortés. El personaje llevaba el nombre de Cristóbal de Tapia, que no sabemos si fuera pariente de Andrés de Tapia. Esta posibilidad se aumenta por el hecho de que un hijo de éste, el primogénito, fue homónimo del supuesto Gobernador de Nueva España, que venía a exigir a Cortés lo reconociese como tal.

Pretendió este Cristóbal de Tapia, tan pronto como desembarcó, que se le reconociese su nombramiento. Las autoridades del puerto informaron a Cortés y aguardaron su resolución. Impaciente el personaje, decidió subir a la ciudad de México y presentar su título a Hernán Cortés mismo. Mientras tanto, éste había designado a varios de sus capitanes, entre ellos a Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y Andrés de Ta-

<sup>45</sup> Dr. José María Luis Mora, “Conquista de México”, en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, V (México, 1854), 825-6.

El Dr. Mora, gran admirador de la figura de Cortés, trabajó una buena síntesis de las *Cartas de Cortés* en dicha su obra.

<sup>46</sup> Dr. Mora, “Conquista de México”, en *Diccionario...*, V, 828.

pia, como también a Fray Pedro Melgarejo de Urrea, para salir hacia Veracruz y entrevistar al pretendido Gobernador. En la travesía se encontraron con él, discutieron tal nombramiento y le colmaron de dádivas, conforme instrucciones de Cortés. Como nada se conseguía con hartas porfías y ya lo habían colmado con tantos obsequios, hasta hacerlo rico, decidió este Tapia retornar a Santo Domingo.

En la Real Audiencia que regía en esa isla, causó pésima impresión el regreso de Cristóbal de Tapia, quien cínicamente hacía gala de las opulentas joyas que le habían regalado y se desdeñó su presencia.<sup>47</sup>

Cortés le concedió a Andrés de Tapia la encomienda de Cholula en premio a sus servicios, por haberle servido fielmente como uno de sus capitanes; pero por disgustos que hubo con este su fiel capitán, le ordenó que dejara esa encomienda y tomase otra de pueblos menos importantes.

Cuando se instaló la población española en la ciudad de México, después de reconstruirla por haber quedado muy destruida a causa del sitio, se fueron distribuyendo los solares que les correspondían a los capitanes de la expedición. La merced del que fue dado a Andrés de Tapia, fue firmada por el mismo Hernán Cortés y despachada el 26 de septiembre de 1524. Dice que el solar se hallaba fuera de la traza de la ciudad, "para que hagáis vuestras casas e morada, que han por linderos, de la una parte solar de Francisco de Orozco, difunto, y de la otra parte la calle que va a Tlaltelolco, y de la otra parte calle que baja de las casas de Blasco Hernández, y de la otra que va a las de Monjarrás. . ."

Más tarde ese solar y casas fueron compradas por don Luis de Castilla, rico vecino de la ciudad de México, y donadas por éste para la erección del Convento de la Concepción, cuyo templo existe hasta hoy en la primera calle de Belisario Domínguez. Dicho monasterio fue fundado en 1540 y fue el primero de monjas que hubo en México.<sup>48</sup>

Pocas noticias hay en crónicas contemporáneas acerca de las actividades de Andrés de Tapia en los primeros años después de la conquista de México; pero Fernández del Castillo refiere que después del sitio de Mé-

<sup>47</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CLVII, 144-5; y Cap. CLVIII, 145-7.

Se decía que antes Cristóbal de Tapia había sido en esa isla de Santo Domingo el vecedor de sus fundiciones. Otros decían que era Alcaide de la fortaleza de dicha isla. Y por último se rumoraba que los favores del Obispo de Burgos hacia él se debían a que deseaba casar a una sobrina suya, o hija, con Cristóbal de Tapia.

<sup>48</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I, 228, nota 120.

José María Marroqui, *La Ciudad de México*, II (México, 1900). 136.

Fernández del Castillo, "Andrés de Tapia", 211-2. Este autor proporciona el texto de la merced que concedió Hernán Cortés a Andrés de Tapia.

xico, Andrés de Tapia se ocupó en las actividades siguientes: 1) que “fue con Gonzalo de Sandoval a Tehuantepec y Oaxaca, en donde se habían sublevado los indios y matado a más de 300 españoles «de los de Narváez»”; 2) que a su regreso “fue enviado con Xpval. de Olid a tomar posesión de Michoacán, en donde quedó como Justicia Mayor, y después fue a Pánuco como Maese de Campo”; 3) que “poco tiempo había pasado, cuando de nuevo se sublevaron los indios de Tututepec y fue a sujetarlos, lo que no había podido conseguir por completo Sandoval”; y 4) que “de vuelta a México se le nombró Justicia Mayor, después Contador y con muchas dificultades pudo poner arreglo en la Hacienda Real y como eso provocara muchos descontentos y se suscitara fuertes disgustos, para conciliar los ánimos gastó más de \$ 30,000 de su peculio en «aquietar a los oficiales reales»”.

También refiere Fernández del Castillo las actividades siguientes: 1) que cuando Cortés se fue a Honduras, ante Andrés de Tapia y Gonzalo de Sandoval “prestaron pleito homenaje Salazar y Chirinos, y el juramento de respetar a Rodrigo de Paz, a quien no obstante eso mandaron atormentar de la manera más cruel: le frieron los pies en aceite al grado de quedar desprendido uno de ellos, y luego lo asesinaron mandándolo ahorcar (parece que lo ahorcaron ya muerto)”; 2) que fue uno de los promotores en el asalto a la casa de Salazar para hacer reconocer a Cortés; durante el asalto lo derribaron [a Salazar] del caballo de una pedrada, de cuya herida estuvo grave”; y 3) que “se embarcó para España junto con Gonzalo de Salazar y Cortés, cuando éste último se volvió a la Corte de España a quejarse de los atropellos, de que se creía víctima, por parte de Estrada y demás odiosos tiranos que se habían adueñado de la situación”.<sup>49</sup>

Comprobemos algunos de estos informes. Cuando Hernán Cortés se marchó a Honduras, en octubre de 1524, en su ruta por Coatzacoalcos resolvió designar para Gobernadores de México, en tanto que durase su ausencia, al Factor y al Veedor de la Real Hacienda de Nueva España, Gonzalo de Salazar y Pedro Almíndez Chirinos. Volvieron éstos a la ciudad de México para reclamar el poder al Tesorero y al Contador de la Real Hacienda, Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, quienes lo ejercían en virtud de haber sido nombrados por el mismo Cortés cuando abandonó la ciudad de México.

Bernal refiere que Salazar y Almíndez Chirinos se hicieron:

“muy amigos del mismo Licenciado [Alonso] Zuazo, que era Alcalde Mayor y de Rodrigo de Paz que era Alguacil Mayor, y de Andrés de Tapia y Jor-

<sup>49</sup> Fernández del Castillo, “Andrés de Tapia”, 209.

ge de Alvarado, y de todos los más conquistadores de México, desde se vio el Factor con tantos amigos de su bando dijo que el Factor y Veedor habían de gobernar, y no el Tesorero ni el Contador, y sobre ello hubo muchos ruidos y muertes de hombres, los unos por favorecer al Factor y Veedor y otros por ser amigos del Tesorero y Contador, de manera que quedaron con el cargo de Gobernadores el Factor y Veedor...”<sup>50</sup>

Para más afianzar el mando y quedar dueños del poder, y como Cortés tardaba en regresar de su expedición a Honduras y no escribía, Salazar y Almíndez Chirinos hicieron correr el rumor que había muerto en la travesía. En sesión del Cabildo de la ciudad de México, celebrada el martes 22 de agosto de 1525, fueron reconocidos ambos, el Factor y el Veedor, como Tenientes de Gobernador y Capitán General, confirmándolos en el mando que habían estado ejerciendo. Y se hizo constar de dicho rumor y entre los que tomaron el juramento a Salazar y a Almíndez Chirinos figuraba Andrés de Tapia.<sup>51</sup>

Pero, Bernal nos dice que convertidos Salazar y Almíndez Chirinos en tiranos, “a todos los más soldados vecinos de México que eran de la banda de Cortés los mandaban prender, y se retrajeron en el monasterio de Señor San Francisco, Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia, y todos los más que eran por Cortés...”<sup>52</sup>

Supo Cortés en Honduras esta situación y dispuso enviar a persona de su confianza, a Martín Dorantes o de Orantes, con la misión de averiguar esos desmanes. Le dio cartas y poderes para destituir a Salazar y a Almíndez Chirinos. Entró disfrazado Dorantes a México y ocultamente “de noche y se fue al monasterio de Señor San Francisco, donde halló a muchos retraídos, y entre ellos a Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia...”<sup>53</sup>

En sesión del Cabildo, celebrada en las casas de Luis de la Torre, el lunes 29 de enero de 1526, se presentó Martín Dorantes y exhibió letras de Hernán Cortés, en que nombraba por Teniente de Gobernador y Capitán General a su primo Francisco de las Casas. Como éste no se hallaba en México, se acordó llamar y nombrar en su lugar al Tesorero Alonso de Estrada y al Contador Rodrigo de Albornoz, quienes eran los que gobernaban cuando Cortés salió para Honduras y fueron destituidos con los nombramientos otorgados a favor de Salazar y Almíndez Chirinos.

En esa misma sesión del Ayuntamiento, después de la recepción a

<sup>50</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CLXXXV, 330.

<sup>51</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I (México, 1889), 51-5.

<sup>52</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CLXXXV, 334.

<sup>53</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CLXXXVIII, 341-2.

Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, quienes tomaron posesión del gobierno, fueron electos el Bachiller Juan de Ortega y Andrés de Tapia como Alcalde Mayor de Nueva España y Alguacil Mayor de México, respectivamente. Así recibieron en esa sesión las varas de la Justicia e hicieron el juramento de rigor.<sup>54</sup>

Tan pronto se le dio esa posesión, Martín Dorantes procedió a aprehender a los tiranos. Salió del Convento de San Francisco, su refugio, y publicando por las calles los poderes que tenía de Cortés, buscó dónde se hallaban Gonzalo de Salazar y Pedro Almíndez Chirinos para encarcelarlos. Pudo hallar al Factor Salazar, pero no al Veedor Almíndez Chirinos, porque éste se había marchado a Oaxaca a pacificar una rebelión de indios. Salazar presentó vigorosa oposición con gente armada. Al fin fue doblegada su tenaz resistencia con fuerzas mayores, se le sujetó y fue colocado en una jaula de hierro, que permaneció algún tiempo, exhibiéndose así su condición de encarcelado. Acompañaron a Dorantes en estos procedimientos el Tesorero Alonso de Estrada, el Contador Rodrigo de Albornoz, Jorge de Alvarado, el Alguacil Mayor Andrés de Tapia y “todos los demás conquistadores” que eran adictos a Cortés.<sup>55</sup>

Ya se hallaba entonces Andrés de Tapia en el pináculo de la posición social. En la sesión del Cabildo, celebrada en casas y aposentos de Hernán Cortés, quien todavía no regresaba a México, el jueves 22 de febrero de 1526, los Tenientes de Gobernador y Capitán General, Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, le nombraron Regidor para llenar la vacante que había dejado Francisco de Avila, quien había sido electo Alcalde Ordinario. Y en la sesión del martes 6 de marzo siguiente “se echaron suertes entre los dichos regidores e cupieron por diputados de este mes a Pedro Mejía e Andrés de Tapia”.<sup>56</sup>

Después de más de un año y medio de ausencia, que gastó en su expedición a Honduras, retornó Hernán Cortés a México. En la sesión del Ayuntamiento que se celebró en el día de fiesta de Corpus Christi, el jueves 31 de mayo de 1526, cuando se preparaban las suntuosas procesiones de la ciudad de México, “en la Iglesia de ella para salir con la procesión, dijeron que por quanto aquella hora habían recibido una carta del Señor Gobernador Hernando Cortés e de su buena llegada al puerto de San Juan Chalchicueca [San Juan de Ulúa], e por la venida

<sup>54</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I (México, 1889), 75-6.

<sup>55</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CLXXXVIII, 343-4.

<sup>56</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I, 78-9 y 80.

de Su Merced ha dado mucho placer e reposo”, se acordó dar a conocer públicamente dicha carta. En ella informaba haber desembarcado el 24 de dicho mes de mayo, que después de reposar de las fatigas del viaje y de la mucha enfermedad que traía, haría la travesía para subir a la ciudad de México.<sup>57</sup>

A mediados de junio de 1526 debió hacer su solemne entrada Hernán Cortés, retornando a la sede de su gobierno y capitanía general. En la sesión del mismo Ayuntamiento, que se celebró en el Convento de San Francisco el jueves 21 de dicho mes de junio, renunciaron a sus empleos los Alcaldes Ordinarios y los Regidores que debían sus nombramientos a Salazar y Almíndez Chirinos, como también los que habían sido designados por Estrada y Albornoz. Así quedó Cortés en libertad para nombrar a nuevos concejales. Confirmó al Bachiller Juan de Ortega su cargo de Alcalde Mayor. Andrés de Tapia no aparece ni entre los que renunciaron, ni en los confirmados.<sup>58</sup>

Muy poco después de su retorno a México, Cortés tuvo que recibir a su Juez de Residencia, enviado por la Corte para averiguar de su conducta, porque eran varias las denuncias que en ella se habían recibido, quejándose de sus procedimientos.

‘Dice Bernal que Carlos V decidió:

“viniese un hidalgo que en aquella sazón estaba en Toledo, que se decía el Licenciado Luis Ponce de León, primo del Conde del Alcaudete, y le mandó que le viniese a tomar residencia, y si le hallase culpado en las acusaciones que le pusieron, que le castigase de manera que en todas partes fuese sonada la justicia que sobre ello hiciese; y para que tuviese noticia de todas las acusaciones . . . a Cortés, trujo consigo las memorias de las cosas que decían que habían dicho e instrucciones por donde había de tomar residencia. . .”

Que:

“luego se puso en la jornada y viaje con tres navíos, que esto no se me acuerda bien si eran tres o quatro, y con buen tiempo que le hizo llegó al puerto de San Juan de Ulúa, y luego se desembarcó y se vino a la villa de Medellín; y como supieron quién era y que venía por Juez a tomar Residencia a Cortés, luego un Mayordomo de Cortés que allí residía, que se decía Gregorio de Villalobos, en posta se lo hizo saber a Cortés, y en quatro días lo supo en México, que se admiró Cortés porque tan de repente le tomaba su venida, porque quisiera saberlo más temprano para irle hacer la mayor honra y recibimiento que pudiera. . .”

<sup>57</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I, 85-6.

<sup>58</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I, 87-8.

### Que cuando Cortés:

“tuvo las nuevas por muy ciertas, de presto despachó mensajeros para saber quiénes eran los que venían y si traían cartas de Su Magestad; y después que vino la primera nueva, dende a dos días llegaron tres mensajeros que enviaba el Licenciado Luis Ponce con cartas para Cortés, y una era de Su Magestad, por las cuales supo que Su Magestad le mandaba que le tomasen Residencia; y vistas las Reales cartas, con mucho acato y humildad las besó y puso sobre su cabeza y dijo que recibía gran merced que Su Magestad enviase quien le oyese de justicia; y luego despachó mensajeros con respuesta para el mesmo Luis Ponce, con palabras sabrosas y ofrecimientos muy mejor dichos, que yo las sabré escribir; e que le diese aviso por cuál de los dos caminos quería venir, porque para México había un camino por una parte e otro por un atajo para que tuviese aparejado lo que convenía a criado de tan alto Rey e Señor; y desde el Licenciado vio tal respuesta, respondió que venía muy cansado de la mar y que quería reposar algunos días, y dándole muchas gracias y mercedes por la gran voluntad que mostraba...”

### Entre tanto:

“como algunos vecinos de aquella villa, que eran enemigos de Cortés, y otros de los que trujo Cortés consigo de lo de Honduras, que no estaban bien con él, que fueron de los que hubo desterrado de Pánuco; y por cartas que al Luis Ponce escribieron de México e otros contrarios de Cortés, le dijeron que ... quería hacer justicia del Factor y Veedor antes que fuese a México el Licenciado; y más le dijeron, que mirase bien por su persona, que si Cortés le escribió con tantos ofrecimientos y para saber por cuál de los dos caminos quería venir, que era para despacharle, y que no se fiase de sus palabras e ofertas; y le dijeron otras muchas cosas de males que decían había hecho Cortés, así a Narváez como a Garay, y de los soldados que dejaba perdidos en Honduras, y sobre tres mil mexicanos que murieron en el camino, y un Capitán que se decía Diego de Godoy, que dejó allá poblado con treinta soldados dolientes, que cree que serán muertos, e salió verdad y así como se lo dijeron lo de Godoy; y que le suplicaban que luego en posta que fuese a México y que no curase de hacer otra cosa, e que tomase ejemplo en los del Capitán Narváez y en los del Adelantado Garay y en los de Cristóbal de Tapia, que no lo quiso obedecer y le hizo embarcar, o se volvió por donde vino; y le dijeron otros muchos daños y desatinos contra Cortés por ponerle mal con él, e aun le hicieron en creyente que no le obedecería...”

### Que Ponce de León:

“traía en su compañía otros hidalgos, que fueron el Alguacil Mayor [Diego Hernández de] Proaño, natural de Córdoba, y a un su hermano, y a Salazar de la Pedrada que venía por Alcaide de la fortaleza, que murió luego de dolor de costado, e un Licenciado o Bachiller que se decía Marcos de Aguilar, y a un [Hernán Pérez de] Bocanegra, de Córdoba, y ciertos frailes dominicos, y por Provincial de ellos un Fray Tomás Ortiz, que decían que había estado

ciertos años por Prior en una tierra que no se me acuerda el nombre; y de este religioso, que venía por Prior, decían todos los que venían en su compañía, que era más desvuelto para entender en negocios que no para el santo cargo que traía”.

#### Agrega Bernal que Ponce de León:

“tomó consejo con otros caballeros si iría luego a México o no...” Que “todos le aconsejaron que no parase de día ni de noche, creyendo que era verdad lo que decían de los males de Cortés...”

#### Sucedió:

“que quando los mensageros de Cortés llegaron con otras cartas, en respuesta de las que escribió el Licenciado, y mucho refresco que le traían, ya estaba el Licenciado cerca de Ixtapalapa, donde se le hizo un gran recibimiento, con mucha alegría y gran contento que Cortés tenía con su venida...”

#### Que Cortés:

“le mandó hacer un buen banquete muy cumplido y después de bien servido en la comida de muchos y buenos manjares, dijo Andrés de Tapia, que así se decía, que sirvió en aquella fiesta de maestresala, que por ser cosa de apetito y nueva para en aquel tiempo en estas tierras, porque era cosa nueva, que si quería Su Merced que le sirviesen de natas y requesones...”

#### Que:

“todos los caballeros que allí comían con el Licenciado se holgaron que los trujesen, e comieron de ellos, y estaban muy buenas las natas e requesones, y comieron algunos tanto de ellos que se les revolvió la voluntad e reboseó; e esto dijo por verdad, que quando los como se me revuelve la voluntad, porque son fríos; y otros no tuvieron sentimiento de les haber hecho ningún daño en el estómago...” Que “entonces dijo aquel religioso que venía por Prior Provincial, que se decía Fray Tomás Ortiz, que las natas e requesones venían revueltas con rejalgas, y que él no las quiso comer por aquel temor; y otros que allí comieron dijeron que le vieron comer al fraile hasta hartarse de ellas, y había dicho que estaban muy buenas”. Y, finalmente, dice Bernal que “por haber servido de maestresala el Andrés de Tapia sospecharon lo que nunca por el pensamiento le pasó”.

#### Que a su banquete celebrado en Ixtapalapa:

“no se halló Cortés, que en México se quedó” [testado en el original: “más fama hubo que por su parte muy secretamente enviaba a Luis Ponce un buen presente de tejuelos y barras de oro, y dijeron que no lo quiso recibir”].

Que:

“como Ixtapalapa está dos leguas de México y tenía puestos hombres para que le enviasen a qué hora venían a México para salirle a recibir, fue Cortés con toda la caballería que en México había, en que iba el mismo Cortés y Gonzalo de Sandoval, y el Tesorero Alonso de Estrada y el Contador [Rodrigo de Alborno], y todo el Cabildo e los Conquistadores y Jorge de Alvarado y Gómez de Alvarado, porque Pedro de Alvarado en aquella sazón no estaba en México, sino en Guatemala, que había ido en busca de Cortés; y salieron otros muchos caballeros que nuevamente habían venido de Castilla; y quando se encontraron en la calzada se hicieron grandes acatos entre él e Cortés, y el Licenciado en todo pareció muy bien mirado, que se hizo muy de rogar sobre que Cortés le dio mano derecha, y él no la quería tomar, y estuvieron en cortesías hasta que la tomó...”

Que Ponce de León, conforme entraba en la ciudad de México:

“iba admirado de la gran fortaleza que en ella había, y de las muchas ciudades y poblaciones que había visto en la laguna, y decía que tenía por cierto no haber habido Capitán en el universo que con tan pocos soldados haber ganado tantas tierras, ni haber tomado tan fuerte ciudad; e yendo hablando en esto se fueron derechos al monasterio de Señor San Francisco, a donde luego les dijeron misa, y después de acabada de decir, Cortés dijo al Licenciado Luis Ponce que presentase las Reales Provisiones y entendiese en hacer lo que Su Magestad le mandaba, porque tenía que pedir justicia contra el Factor y Veedor...”

Que respondió Ponce de León a Cortés:

“que se quedase para otro día; y desde allí le llevó Cortés, acompañado de toda la caballería que le había salido a recibir, a aposentar a sus palacios, donde le tenían todo entapizado y una muy solemne comida, y servida con tantas vajillas de oro y plata, y por tal concierto que el mismo Luis Ponce dijo secretamente al Alguacil Mayor Proaño y a un Bocanegra que ciertamente parecía que Cortés en todos los cumplimientos, y en sus palabras y obras que era de muchos años atrás gran señor”.

Que:

“otro día fueron a la Iglesia Mayor, y después de dicha misa mandó que el Cabildo de aquella ciudad estuviese presente, y los Oficiales de la Real Hacienda, y los Capitanes y Conquistadores de México; y desde todos los vio juntos delante de los escribanos, y el uno era de los del Cabildo y el otro que Luis Ponce consigo tenía, presentó sus Reales Provisiones y Cortés con mucho acato las besó y puso sobre su cabeza, y dijo que las obedecía como mandamiento y cartas de su Rey y Señor, y las cumpliría los pechos por tierra, y así hicieron todos los Caballeros y Conquistadores, y Cabildo y Oficiales de Su Magestad”.<sup>59</sup>

<sup>59</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CXCI, 354-8.

Como dice Bernal, el Ayuntamiento se reunió en la Iglesia Mayor. Fue el miércoles 4 de julio de 1526, apenas tres semanas después del retorno de Cortés de su viaje laborioso a Honduras. Estuvieron presentes en esa sesión, el Gobernador y Capitán General, Hernán Cortés, el Alcalde Mayor, Juan de Ortega, el Tesorero Alonso de Estrada, el Contador Rodrigo de Albornoz, los Alcaldes Ordinarios, Juan Jaramillo<sup>60</sup> y Cristóbal Flores, y los Regidores.

En dicha sesión del Cabildo presentó y leyó don Luis Ponce de León la Real Provisión extendida por Carlos V, en Toledo el 4 de noviembre de 1525, que lo acreditaba como Juez de Residencia del Gobernador y Capitán General de Nueva España, Hernán Cortés, como también de sus Alcaldes Mayores, Lugartenientes y Oficiales. Se le asignó el salario anual de tres mil ducados de oro. Se procedió inmediatamente, con todas las ceremonias de rigor, a recibirlo y a darle la posesión.<sup>61</sup>

Bernal dice que en ese acto “tomó el Licenciado las varas de la Justicia al Alcalde Mayor y Alcaldes Ordinarios y de la [Santa] Hermandad, y alguaciles; y desde las tuvo en su poder se las volvió a dar a todos, y dijo a Cortés:

«Señor Capitán: Esta Gobernación de Vuestra Merced me manda Su Magestad que tome para mí, no porque deja de ser merecedor de otros muchos y mayores cargos; mas, hemos de hacer lo que nuestro Rey y Señor nos manda».

Que Cortés:

“con mucho acato le dio gracias por ello; dijo que él estaba presto para lo que Su Magestad le fuere mandado, lo qual veía Su Merced muy presto y conocería quán lealmente ha servido a nuestro Rey e Señor por las informaciones y residencia que de él tomaría, y conocería las malicias de algunas personas que ya le habían ido al oído con consejas y cartas llenas de malicia...”

Que Ponce de León le respondió:

“que a donde hay hombres buenos también hay otros que no son tales, que así es el mundo, que a los que han hecho buenas dirán bien... y a los que malas al contrario”.

Bernal afirma que:

“en esto se pasó aquel día”. Que “otro día, después de haber oído misa, que se le dijo en los mismos palacios donde posaba el Licenciado, con mucho

<sup>60</sup> Casado con doña Marina, la Malinche.

<sup>61</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I, 90-4.

acato envió con un caballero a que llamase a Cortés, estando delante el Fray Tomás Ortiz, que venía por Prior, sin haber otras personas delante, sino todos tres en secreto, con mucho acato le dijo el Licenciado Luis Ponce de León:

«Señor Capitán: Sabrá Vuestra Merced que Su Magestad me mandó y encargó que a todos los Conquistadores que pasaron desde la isla de Cuba, que se hallaron en ganar estas tierras y ciudades, y a todos los más Conquistadores que después vinieron, que les dé buenos indios en encomienda, y anteponga y favorezca algo más a los primeros; y esto digo porque soy informado que muchos de los Conquistadores que con Vuestra Merced pasaron, están con pobres repartimientos, y los ha dado a personas que agora nuevamente han venido de Castilla, que no tienen méritos. Si así es, no le dio Su Magestad la Gobernación para este efecto, sino para cumplir sus Reales mandatos».

#### Que Cortés le contestó:

“que a todos había dado indios, y que la ventura de cada uno era que a unos cupieron buenos indios y a otros no tales, y que lo podrá enmendar, pues para ello es venido, y los Conquistadores son merecedores de ello”.

Le preguntó también Ponce de León a Cortés: “qué eran todos los Conquistadores que había llevado a Honduras en su compañía, que cómo los dejaba por allá perdidos y muertos de hambre, en especial que le informaron que un Diego de Godoy, que dejó por caudillo de treinta o quarenta hombres en Puerto de Caballos, que le habrán muerto indios, porque todos estaban muy malos...” Que “fuera bueno que pues habían ganado aquella gran ciudad y la Nueva España, que quedaran a gozar el provecho y a descansar; y a los que habían nuevamente venido, que aquellos llevara a trabajar y poblar por allá...” Que también “preguntó por el Capitán Luis María y por muchos soldados e por mí”.

#### Contestó Cortés:

“que para cosas de afrenta y guerras no se atreviera ir a tierras largas si no llevara soldados conocidos, y que presto vendrían a aquella ciudad, porque ya deben de venir de camino, y que en todo Su Merced les ayudase y les diese buenas encomiendas de indios”.

#### Le preguntó Ponce de León:

“algo con palabras alegres: que cómo había ido contra el Xpval. de Olid tan lejos y largos caminos, sin tener licencia de Su Magestad y dejar a México en condiciones de se perder”.

#### Contestó Cortés:

“que como Gobernador y Capitán General de Su Magestad, que le pareció que convenía aquello a su Real servicio, porque otros Capitanes no se alzasen, y que de ello hizo relación primero a Su Magestad”.

### Le preguntó Ponce de León:

“sobre la prisión y desbarate de Narváez, y de cómo se perdió la armada y soldados de Francisco de Garay y de qué murió, y de cómo hizo embarcar a Cristóbal de Tapia; y le preguntó de otras muchas cosas que aquí no relato, y aun delante de Fray Tomás Ortiz...”

### Que a todo respondió Cortés:

“dándole razones muy buenas, que Luis Ponce en algo pareció quedaba contento. Y todo esto que le preguntaba traía por memoria desde Castilla, y de otras muchas cosas que ya le habían dicho en el camino y en México le habían informado. Y como aquestas preguntas que he dicho estaba presente el Fray Tomás Ortiz, desde las hubieron acabado de decir e se fue Cortés a su posada, el fraile secretamente apartó a tres Conquistadores amigos de Cortés y dijo que Luis Ponce quería cortar la cabeza a Cortés, porque así lo traía mandado por Su Magestad, y [a] aquel efecto le había preguntado lo por mí memorado; y aun el mismo fraile otro día muy de mañana, muy secreto se lo dijo a Cortés por estas palabras:

«Señor Capitán: por lo mucho que os quiero, y de oficio y religión, es avisar en tales casos, hágolo, señor, saber que Luis Ponce trae provisiones de Su Magestad para os degollar».

• En este mar de intrigas, verdadero dédalo, fomentado por las ambiciones de todos, pero muy principalmente por el Factor Gonzalo de Sarmiento, quien no se resignaba a perder el poder, tuvo que actuar el Juez de Residencia Ponce de León. Cortés, cuando oyó las murmuraciones de Fray Tomás Ortiz y después de los consecuentes razonamientos, dice Bernal que:

“estaba muy penoso y pensativo, y por otra parte le habían dicho que aquel fraile era de mala condición y bullicioso, y que no le creyese muchas cosas de lo que le decía. Y según pareció dijo aquellas palabras a Cortés a efecto que le echase por intercesor y rogador que no le ejecutase el tal mandato, y porque le diese por ello algunas barras de oro; otras personas dijeron que el Luis Ponce lo dijo por meterle temor a Cortés y le echase rogadores que no le degollase”.

### Dice Bernal que:

“como aquello sintió Cortés, respondió al fraile con mucha cortesía y con grandes ofrecimientos que le daría con qué se volviese a Castilla...”

### Que agregó:

“tenía creído que Su Magestad, como cristianísimo Rey, que le enviaría hacer mercedes por sus muchos y buenos servicios que siempre le ha hecho, y no se hallaría deservicio ninguno que haya hecho, y que con esta confianza

estaba, y que le tenía al Señor Luis Ponce por persona que no saldría de lo que Su Magestad le mandaba. Y desde aquello oyó el fraile y no le rogó que fuese su intercesor para con el Luis Ponce, quedó confuso”.

Y añade Bernal:

“Cortés jamás le dio ningunos dineros de lo que le había prometido”.

Que luego Ponce de León:

“mandó pregonar Residencia General contra Cortés, y contra los que habían tenido cargo de Justicia y habían sido Capitanes”.

Comenta Bernal que:

“muchas personas que no estaban bien con Cortés y otros que tenían justicia sobre lo que pedían, ¡qué prisa se daban de dar quejas de Cortés y presentar testigos! Que en toda la ciudad andaban pleitos y las demandas que le ponían. Unos decían que no les dio parte de oro, como era obligado; otros le demandaban que no les dio indios, conforme lo que Su Magestad mandaba y que los dio a criados de su padre, Martín Cortés, y a otras personas sin méritos, criados de señores de Castilla; otros le demandaban caballos que les mataron en las guerras, que puesto que habían habido mucho oro de que se les pudiera pagar, que no se los satisfizo por quedarse con el oro; otros demandaban afrentas de sus personas que por miedo de Cortés les habían hecho; y un Juan Juárez, cuñado suyo, le puso una mala demanda de su muger de Cortés, doña Catalina Juárez «la Marcaida»”.

Y que como:

“en aquella sazón había venido de Castilla un Fulano de Barrios, con quien casó Cortés a una hermana de Juan Juárez y cuñada suya, se apaciguó por entonces aquella demanda que le había puesto el Juan Juárez”.<sup>62</sup>

Se había reunido el Ayuntamiento para celebrar sesión el lunes, en la tarde del 16 de julio de 1526, “en la posada del Juez de Residencia

<sup>62</sup> Leonor Juárez, hermana de doña Catalina, casó con el Capitán Andrés de Barrios. Eran hijas de Diego Suárez Pacheco y de María Marcaida, nietas por el padre de Juan Juárez o Suárez de Avila y de doña Leonor Pacheco, vecinos de la ciudad de Avila, y por la madre de Juan de Marcaida y de Constanza Villela, de la villa de Monguía, Vizcaya.

Pasaron las hermanas Juárez (fueron cuatro: Catalina, Constanza, Leonor y Francisca) con su hermano Juan y su padre, en 1509, a Santo Domingo, en compañía de doña María de Toledo, esposa de don Diego Colón, el hijo del Almirante.

Murió doña Catalina en México la noche del 1º de noviembre de 1522, después de una gran fiesta. Se acusó a Hernán Cortés de haberla asesinado; pero él siempre dijo: “¿quién es el bellaco que tal dice?”.

Juan Suárez de Peralta, *Noticias Históricas de la Nueva España* (Madrid, 1878), dice que esa calumnia “fue maldad gravísima levantada por malos hombres, los cuales creo y tengo por muy cierto que lo han pagado o pagan en el otro mundo”.

El mejor estudio sobre doña Catalina, su familia y su muerte, puede hallarse en la obra de Francisco Fernández del Castillo, *Doña Catalina Juárez Marcaída, Primera Esposa de Hernán Cortés, y su Familia* (México, 1920).

y Justicia Mayor de Nueva España don Luis Ponce de León". Se hizo constar que estuvieron presentes Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, Tesorero y Contador, el Bachiller Juan de Ortega, Alcalde Mayor, Cristóbal Flores, Alcalde Ordinario, y algunos Regidores, y que:

"el dicho Señor Luis Ponce de León, que estaba echado en una cama, doliente, dijo: que porque él, a causa de su enfermedad, no podía entender en las cosas que Su Magestad le manda por su Provisión Real que haga, que daba e dio todo su poder cumplido al Licenciado Marcos de Aguilar, que presente estaba, según que él lo tiene de Su Magestad, por virtud de la Provisión Real que tiene presentada en Cabildo para todas las cosas e casos en ella contenidos, e le nombraba e nombró por su Alcalde Mayor de esta Nueva España, e mandaba e mandó al dicho Cabildo le recibieran por tal. E luego el dicho Bachiller Juan de Ortega entregó la vara al dicho Señor Luis Ponce de León, el qual la dio y entregó al dicho Licenciado Marcos de Aguilar, el qual la recibió. E por los dichos Señores Tesorero e Contador, e Justicia e Regidores fue recibido al dicho oficio, e uso e ejercicio de él, para lo qual hizo el juramento e solemnidad que en tal caso se requiere".<sup>63</sup>

Cuatro días después moría en México el Licenciado Ponce de León. Apenas estuvo dos semanas en esta ciudad.

Con cierto espíritu compungido, informa Bernal:

"Que luego que se comenzó a tomar la Residencia quiso Nuestro Señor Jesucristo que por nuestros pecados y desdicha, que cayó malo de modorra el Licenciado Luis Ponce y fue de esta manera: que viniendo del monasterio de Señor San Francisco de oír misa, le dio una muy recia calentura y echóse en la cama y estuvo quatro días amodorrado sin tener el sentido que convenía, y todo lo más del día y de la noche era dormir; y desque aquello vieron los médicos que le curaban, que se decían el Licenciado Pedro López y el Doctor Ojeda, y otro médico que él traía de Castilla, todos a una les pareció que era bien que se confesase y recibiese los Santos Sacramentos, y el mismo Licenciado lo tuvo en gran voluntad; y después de recibidos con humildad y con gran contrición, hizo Testamento y dejó por su Teniente de Gobernador al Licenciado Marcos de Aguilar, que había traído consigo desde la Isla Española. A este Marcos de Aguilar otros dijeron que era Bachiller e no Licenciado, e que no tenía autoridad para mandar, y dejóle el poder de esta manera: que todas las cosas de pleitos y debates, y residencias, y la provisión del Factor y Veedor se estuviese en el estado que lo dejaba hasta que Su Magestad fuese sabedor de lo que pasaba, y que luego hiciesen mensageros en un navío a Su Magestad; e ya hecho su testamento y ordenado su ánima, al noveno día desque cayó malo dio el ánima a Nuestro Señor Jesucristo".<sup>64</sup>

En sesión del Ayuntamiento, que se celebró en la Iglesia Mayor el viernes 20 de julio de 1526, presidida por los Alcaldes Ordinarios Juan

<sup>63</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I. 95.

<sup>64</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CXCI, 358-62.

García Jaramillo y Cristóbal Flores, se hizo constar dicha muerte, acaecida ese mismo día, y que consecuentemente quedaba sin efecto el poder otorgado por el difunto a favor del Licenciado don Marcos de Aguilar y que Hernán Cortés debía encargarse de nuevo del Gobierno y Capitanía General, en tanto que el Rey proveyera quién debía asumir el mando. Asimismo se acordó solicitar el requerimiento que en ese sentido habían hecho a Cortés y firmado por los Procuradores de la Ciudad y de las villas de Nueva España. También se dispuso notificar al Licenciado Marcos de Aguilar, quien no había querido presentarse, que si para ejercer el mando tenía algún otro poder que lo exhibiese. Aguilar alegó entonces que con la muerte de Ponce de León no había expirado. Esto animó la discusión y se consultó el caso con el Tesorero Alonso de Estrada y el Contador Rodrigo de Albornoz, y éstos reconocieron como bueno ese poder, porque consideraban que el Ayuntamiento no tenía facultades para elegir al mandatario, en virtud de un capítulo de la instrucción que el Rey había dado a Hernán Cortés, despachada en Valladolid el 20 de junio de 1523.<sup>65</sup>

Bernal nos refiere que:

“desque hubo fallecido [Ponce de León] fueron grandes los lutos y tristezas que todos los Conquistadores a una sintieron; como si fuera padre de todos así lo lloraban, porque ciertamente él venía para remediar a los que hallase derechamente habían servido a Su Magestad, y antes que muriese así lo publicaba, y lo hallaron en los capítulos e instrucciones que de Su Magestad traía, que les diese de los mejores repartimientos de indios a los Conquistadores, de manera que conociesen en todo mejoría; y Cortés con todos los más caballeros de aquella ciudad se pusieron luto y le llevaron a enterrar con gran pompa a Señor San Francisco, y con toda la cera que entonces se pudo haber; fue su enterramiento muy solemne para en aquel tiempo”.

Recogió Bernal los rumores de entonces. Uno de ellos, que oyó:

“murmurar que en México había de las personas que estaban mal con Cortés y con Sandoval, que dijeron y afirmaron que le dieron ponzoña con que murió; que así había hecho al Francisco de Garay, y quien más lo afirmaba era el Fray Tomás Ortiz, ya otras veces por mí memorado, que venía por Prior de ciertos frailes que traía en su compañía, que también murió de modorra de ahí a dos meses, e otros frailes”.

Que:

“parece ser que en los navíos en que vino el Luis Ponce que dio pestilencia en ellos, porque demás de cien personas que en él venían, les dio modorra y dolencia, de que murieron en la mar, y después que desembarcaron en la villa de Medellín murieron muchos de ellos, y aun de los frailes que don muy

<sup>65</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I, 97-9.

pocos, y con ellos murió su Provincial o Prior, de ahí a pocos meses, y fue fama que aquella modorra cundió en México”.

Que Ponce de León tenía gran devoción por la música y así oyó decir Bernal:

“a ciertos caballeros, que se hallaron presentes cuando cayó malo, que como el Luis Ponce era músico y de inclinación de suyo regocijado, que por alegrarle que le iban a tañer con una vihuela y a dar música, y que mandó que le tañesen una baja, y con los pies, estando en la cama hacía sentido con los dedos e pies, y los meneaba hasta acabar la baja; y acabada y perdida la habla, que fue todo uno”.<sup>66</sup>

Respecto a la calumnia de que Andrés de Tapia preparó los manjares de natas y requesones para envenenar a Luis Ponce de León, en el banquete de bienvenida en Ixtapalapa, se destruye con la consideración de que mal podía tal veneno producir su efecto hasta quince días después.

Además, nos refiere y afirma Dorantes de Carranza que el mencionado Andrés de Tapia:

“fue persona de tanta estima que el Emperador Nuestro Señor, Carlos V, de gloriosa memoria, la hizo del dicho Andrés de Tapia, escribiéndole una carta del tenor que se seguirá, como en recomendación del Licenciado Luis Ponce de León; y con todo esto no falta quien diga que por su orden dio Diego Muñoz <sup>67</sup> las natas al dicho Licenciado, con que acabó la vida, y por aquella mano escapó la Residencia del Marqués, su amigo. La dicha carta he leído original”.

Y transcribe la carta así:

“El Rey.—Andrés de Tapia, criado, porque yo envío al Licenciado Luis Ponce de León por nuestro Juez de Residencia de esa Nueva España, el qual vos hablará de mi parte cosas que convienen a nuestro servicio, como veréis; por ende, yo vos encargo y mando que dándole entera fe y creencia para todo lo que de mi parte vos lo mandare, vos juntaréis con él y le deis todo el favor y ayuda que vos pidiere e hobiere menester, como de vos confío, que en ello seré de vos muy servido. De Toledo, a quatro días del mes de noviembre, año de mil y quinientos y veinte y cinco años.—Yo el Rey.—Por mandado de Su Magestad, Francisco de los Cobos”.

Agrega Dorantes de Carranza que a la vuelta se hallaban “quatro rúbricas de los del Consejo”.

<sup>66</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CXCII, 362-3.

<sup>67</sup> Fernández del Castillo, “Andrés de Tapia”, 211, afirma que este Diego Muñoz fue el padre del historiador tlaxcalteca Diego Muñoz Camargo. Dorantes de Carranza, 278, menciona a ese Diego Muñoz “padre de los Muñozes de Tlaxcala, y el que dicen que dio las natas al licenciado Luis Ponce de León, por orden de algunos poderosos de aquel tiempo, conque acabó la vida. El dicho Muñoz vino con el Factor Gonzalo de Salazar.

“Fueron sus hijos: Juan Muñoz y Diego Muñoz Camargo, mestizos, ya difuntos. Fueron vecinos de Tlaxcala.”

¿Es de creerse que quien obtuvo de Carlos V la confianza de recomendar a sus atenciones, fuera el anfitrión que envenenara en un festín al propio recomendado, y precisamente en la bienvenida? Esto sería suponer un tremendo crimen monstruoso, increíble en persona como Andrés de Tapia.

En las sesiones del Ayuntamiento que se celebraron en México, en las Casas del Concejo Municipal, el sábado 28 de julio de 1526 y miércoles 1º de agosto siguiente, se continuó insistiendo en las notificaciones al Licenciado Marcos de Aguilar sobre sus poderes y éste porfiando en la calidez del que le otorgó Ponce de León para sucederlo en el mando. Al fin el Cabildo cedió y reconoció las razones de Aguilar, en la posada de éste, en casa de Luis de la Torre. Sucedió esto el miércoles 1º de agosto citado y en esa sesión fue recibido Aguilar como Juez de Residencia sustituto, en quien se hallaba la jurisdicción civil y criminal en Nueva España. Así se mandó pregonar.<sup>69</sup>

Gobernó el Licenciado Marcos de Aguilar hasta su muerte en México, hecha constar en sesión del Ayuntamiento, del viernes 1º de marzo de 1527. Después de su muerte le fueron confirmados sus poderes por Carlos V, en Valladolid a 16 de marzo de 1527, que se dio a conocer en sesión del mismo Ayuntamiento, celebrada en las casas y aposento de Hernán Cortés, jueves 22 de agosto de 1527.<sup>70</sup>

Durante ese gobierno del Licenciado Marcos de Aguilar, retornaron a México, después de más de dos años y tres meses de ausencia, Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Luis Marín, Bernal Díaz del Castillo y otros, procedentes de Guatemala, Soconusco Tehuantepec y Oaxaca, donde habían estado explorando y pacificando indios.

Refiere Bernal que al Capitán Miguel Sánchez y a él mismo:

“nos llevó Andrés de Tapia a las suyas [sus casas] y nos hizo mucha honra, y el Sandoval me envió ropas para me ataviar, e oro e cacao para gastar...”

Que otro día:

“salimos por la ciudad yo y mi compañero, el Capitán Luis Sánchez, y llevamos por intercesores al Capitán Sandoval y Andrés de Tapia, y fuimos a ver y hablar al Licenciado Marcos de Aguilar, que como he dicho estaba por Gobernador por el poder que para ello le dejó Luis Ponce, y los intercesores que fueron con nosotros, que ya he dicho que era el Capitán Sandoval y Andrés de Tapia, hicieron relación al Marcos de Aguilar de nuestras per-

<sup>69</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I, 99-101.

<sup>70</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I, 123 y 139-40.

sonas y servicios para suplicarle que nos diese indios en México, porque los de Coatzacoalcos no eran de provecho. Y después de muchas palabras y ofertas que sobre ello nos dio el Marcos de Aguilar, con prometimiento, dijo que no tenía poder para dar ni quitar indios ningunos, porque así lo dejó en el testamento Luis Ponce de León al tiempo que falleció, que todas las cosas y pleitos y vacaciones [vacantes] de indios de la Nueva España estuviesen en el estado en que estaban hasta que Su Magestad envíe a mandar otra cosa; que si le envían poder para indios, que nos daría de lo mejor que hubiese en la tierra, y luego nos despedimos de él".<sup>71</sup>

Tenemos un testimonio de que Andrés de Tapia se ocupaba en 1526 en la cría de ganado vacuno y lanar. En la sesión del Ayuntamiento, celebrada en las casas y aposento del Licenciado Marcos de Aguilar, el viernes 12 de octubre de 1526:

"se dio licencia a Andrés de Tapia para que pueda pesar vaca e carnero en las carnicerías de esta ciudad, a razón de cinco reales el carnero, con tanto que si alguna persona quisiere pesar carnero que abajando el dicho precio lo pueda hacer...".<sup>72</sup>

Andrés de Tapia fue Regidor de la ciudad de México desde el jueves 22 de febrero de 1526, electo y nombrado en la sesión del Ayuntamiento de dicho día, como sucesor de Francisco de Avila, electo entonces Alcalde Ordinario. Muy poco asistió al Cabildo. Sólo hallamos su nombre, como concurrente a la sesión del viernes 26 de octubre del referido año.<sup>73</sup>

Cuando acaeció la muerte del Licenciado Marcos de Aguilar, fue nombrado para sucederle el Capitán Gonzalo de Sandoval, por haber desistido Hernán Cortés a aceptar el gobierno de Nueva España, según se hizo constar en la sesión del Ayuntamiento, del viernes 1<sup>o</sup> de marzo de 1527.<sup>74</sup>

Refiere Bernal que en ese año de 1527, cuando llegó a Nueva España su primer Obispo, el de Tlaxcala, Fray Julián Garcés, trató este prelado de reconciliar a Hernán Cortés con Alonso de Estrada, quien entonces gobernaba Nueva España, habiendo sucedido a Gonzalo de Sandoval. Después de ser grandes amigos, Cortés y Estrada andaban en grandes pleitos. Estrada había resuelto y ordenado desterrar a Cortés de México, considerándolo perjudicial a su gobierno por los muchos pleitos que le armaba. Salió Cortés de México y se fue a refugiar a Coyoacán; luego pasó a Texcoco y finalmente a Tlaxcala.

El Obispo Garcés fue a Texcoco para conferenciar con Cortés y luego

<sup>71</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CXCHII, 368-9.

<sup>72</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I, 107-8.

<sup>73</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I, 79 y 109.

<sup>74</sup> *Actas de Cabildo de la Ciudad de México*, I, 123.

a México para platicar con Estrada, buscando la avenencia entre ambos personajes y la paz en Nueva España. Sus gestiones fueron inútiles. Cortés estaba ya decidido a ir a España para “dar relación de ello a Su Magestad y demandar justicia” contra sus enemigos. Se habían confabulado con Estrada el Factor Gonzalo de Salazar y el Veedor Pedro Almídez Chirinos para hostilizarlo.

Dice Bernal que mientras estuvo refugiado en Tlaxcala:

“en lo que entendía Cortés era en allegar todo el oro y plata que podía para ir a Castilla; y demás de lo que le daban de los tributos de sus pueblos empeñaba otras rentas, y de amigos e indios que le prestaban; y ansimismo se aparejaba el Capitán Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, y allegaban y recogían todo el oro y plata que podían de sus pueblos, porque estos dos capitanes fueron en compañía de Cortés a Castilla”.<sup>75</sup>

En el curso del segundo semestre de 1527 Cortés fue preparando su viaje a España, haciendo grandes diligencias para cargar dos barcos con muchas provisiones. Bernal una vez más, hace gala de su prodigiosa memoria, escribiendo a los ochenta años de edad sus detallados recuerdos, diciéndonos: “luego Cortés, acompañado de Gonzalo de Sandoval, y de Andrés de Tapia y otros caballeros, se fue a Veracruz, y desde se hubo confesado y comulgado se embarcó...”

Que:

“quiso Nuestro Señor Dios darle tal viaje, que en cuarenta y dos días llegó a Castilla, sin parar en La Habana, ni en isla ninguna, y fue a desembarcar cerca de la villa de Palos, junto a Nuestra Señora de la Rábida. Y desde se vieron en salvamento en aquella tierra hincan las rodillas en el suelo y alzan las manos al cielo, dando muchas gracias a Dios por las mercedes que siempre les hacía; y llegaron a Castilla en el mes de diciembre de mil e quinientos y veinte y siete años. Pareció ser que Gonzalo de Sandoval iba muy doliente, y a grandes alegrías hubo tristezas, que fue Dios servido que dende ahí a pocos días de le llevar de esta vida, en la villa de Palos...”<sup>76</sup>

Así, los tres paisanos, oriundos de Medellín, Extremadura, retornaron juntos a su patria: Hernán Cortés, Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, cayendo enfermo el segundo tan pronto desembarcó. No pudo alcanzar a ver su pueblo natal, porque murió en el mismo puerto de Palos.

(Continuará)

<sup>75</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CXCIV, 377-9.

<sup>76</sup> Bernal Díaz del Castillo, II, Cap. CXCIV, 382-3.

